1154

TEATRO DE LA REINA VICTORIA

LA BAYADERA

Opereta en tres actos, de los señores
JOSÉ JUAN CADENAS y
EMILIO G. DEL CASTILLO.
Música del compositor KALMANN.

Estrenada en este Teatro el día 30 de octubre de 1923

Copyright by J. J. Cadenas y E. González del Castillo.—1923

MADRID
Sociedad de Autores Españoles: calle del Prado, 24
1924

LA BAYADERA

JOSÉ JUAN CADENAS
Y
EMILIO G. DEL CASTILLO

LA BAYADERA

OPERETA EN TRES ACTOS, MÚSICA DEL COMPOSITOR

KALMANN

Estrenada en el Teatro de la Reina Victoria, el día 30 de octubre de 1923

MADRID
Sucesor de R. Velasco, Marqués de Santa Ana, 11 duplicado
Teléfono 5-51 M.
1924

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvége et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
IVETTE DARIMOND	Srta. Torres (P.).
MARIETTA	Iborra.
CORA	Pinillos (L.).
ARMANDA	Santamaría.
BAYADERA 1.ª	Pinillos (V.).
IDEM 2.ª	Costanzo.
FIFI	
MARGOT	García (V.).
SEÑORITA 1.ª	Constanzo.
IDEM 2.ª	García (V.).
EL PRÍNCIPE DAKAR	Sr. Iglesias.
NAPOLEON	Moncayo.
LUIS FELIPE	Gandía.
CORONEL PARKER	Sola.
TREBISONDA	Lorente (J.).
PIMPINEL	Barta.
GUILLEMON	Lorente (E.).
DERVA	Castañé.
TOHN	
ESPECTADOR 1.º	Iborra.
MAITRE D'HOTEL	Danter.
UN CRIADO	Perdiguero.
ACOMODADOR	Estrella.

Invitados, Bayaderas, Espectadores, Indios, etc.

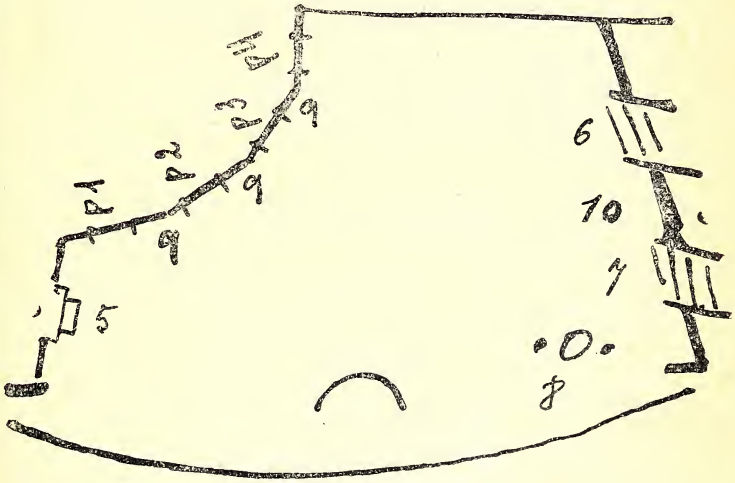
La acción en París.

668531

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/labayaderaoperet00klmn

ACTO PRIMERO



Números 1, 2, 3 y 4.—Palcos.
Número 5.—Subida a la localidad alta.
Número 6. -Descenso que se supone conduce a la calle.
Número 7.—Escalera a la localidad alta.
Número 8.—Mesita con dos sillas.
Número 9.—Sillas.
Número 10.—Gran araña de pie.

El pasillo de palcos y «fumoír» del Teatro de la Opereta, de París, decorado en rojo, blanco y oro, estilo Rococó. En los arcos y puertas de los pasillos, cortinas. En el centro, una araña magnífica y otra en el fondo del vestíbulo. Sobre las puertas de los palcos, brazos dobles de bronce para la luz eléctrica, y entre las puertas, en la pared, brazos sencillos con luz roja (alumbrado supletorio), necesarios para el efecto final. Sobre las columnas de la gran escalinata que conduce al foyer, candelabros de muchas bujías con pantallas rojas.

Durante la acción, a su debido tiempo, se ven por las puertas de los palcos, el interior de éstos, con sus antepalcos y el resplandor de las luces y parte de la sala del teatro. También habrá en el interior de los palcos, butacas; a la derecha, primer término, junto a la puerta de cristales, un espejo alumbrado por candelabros de diversas bujías.

Los muebles dorados para que entonen con la decoración han de ser los siguientes: A la izquierda, mesa y dos butaquitas. A la derecha, lo mismo, y en la pared, bajo el espejo, sofá, mesa y dos butacas grandes.

Al levantarse el telón, la escena vivamente iluminada. Todos los aparatos, incluso el alumbrado supletorio, encendidos.

Es un entreacto, el primero de la representación.

ESCENA PRIMERA

FIFÍ, GUILLEMÓN, ARMANDA, un ESPECTADOR, una SEÑORA y CONJUNTO

Música

Coro

Es un acto encantador
este acto primero.
Es brillante de color
cómico y ligero.
Y la música al sonar
es maravillosa,
porque canta sin cesar
dulce y melodiosa.
Hasta el título es de atracción,
pues «La Bayadera»,
con oírle da sensación
de algo de quimera.

Arman. La canción ha de lograr
hacerse popular.
«Por ti, flor de loto, gentil,
yo me muero de amor,
le decía un día de abril
un insecto a una flor.
Mariposa alegre nací,
más no puedo volar,
porque viéndote preferí
a tu lado soñar.»

Coro Porque viéndote preferí
a tu lado soñar.
¡Ah! ¡Ah!

Recitado

Fifí Es un primer acto encantador. (Salen por primer término derecha.)

Guill. Pues ya verán ustedes como el segundo es mucho más interesante. Figúrese usted que salen cuarenta trajes y para todos ellos no han empleado más que dos metros de tela. (Todos ríen. Han quedado en primer término de la izquierda, del actor, mientras el resto del público pasea en parejas o grupos.) Hay un coro delicioso formado por dos grupos: La inocencia y el pecado. Las que hacen de pecado, van descotadísimas.

Señ. 1.a ¿Y las que hacen de inocencia?

Guill. Las que hacen de inocencia, van desnudas.

Fifí ¡No diga usted esas cosas! Piense que no estamos solos.

Espect. ¿Y por qué se llama esta opereta «La Bayadera»?

Guill. Porque en el acto segundo, nuestra encantadora tiple, Ivette Darimond, enloquece de amor al Príncipe Indio, que con tanto acierto interpreta Durandell, el barítono. Comprenderán ustedes que en el primer acto acaban yéndose juntos a un palacio que es un verdadero nido de rosas.

Fifí ¡Qué gracia! Ya nos ha contado usted el asunto de la obra, quitándonos así todo el interés de la representación.

Espect. A mí con tal de que las chicas salgan ligeras de ropa, lo demás...

Guill. Usted es de los míos. En las operetas, cuanto menos literatura y menos ropa, mejor.

Acom. (Dando palmadas.) Segundo acto. (Timbre. Reprise del número o motivo cantado y mutis general.)

Cantado

Coro

Es un acto encantador,
este acto primero.
Es brillante de color,
cómico y ligero.
Nuestra Ivette logró probar,
que es hoy la primera,
y ha de triunfar
en «La Bayadera».

ESCENA II

EMPRESARIO TREBISONDA, PIMPINEL y GUILLEMÓN, Todos de frac. Los dos primeros salen por la derecha. El Empresario es gordo, pequeño y muy inquieto. Pimpinel, tipo cómico.

Hablado

Emp. ¿Qué le parece, Pimpinel? ¡Esto es un gran éxito!

Pimp. ¡Sí, señor Empresario! Nos dejan meter las manos. El aplauso de la canción se ha dado bien. La ovación al mutis de Durandell ha ido como la seda, y a la tiple la he metido dos bravos en el *sí bemol*, por si desafinaba. He aplaudido el decorado, he aplaudido la música, lo he aplaudido todo

Guill. (Acercándose) La obra está maravillosamente presentada.

Emp. Como que sólo en muebles me he gastado treinta mil francos.

Pimp. Los muebles no me he atrevido a aplaudirlos, pero si usted quiere.

Emp. ¡No, hombre, no! Usted aplaude a los artistas, en los finales de acto, y...

Pimp. Señor Empresario, sé mi obligación. No soy el jefe de la claque vulgarísimo que hay en todos los teatros de París.

Emp. Hombre, la cuestión es meter ruido, aplaudir. Agrandar el éxito.

Pimp. No, señor. La cuestión es conocer la psicología del público. Para el final del acto segundo, que es sentimental, he preparado un truco definitivo.

Los dos ¿Un truco?

Pimp Sí, señor. Las lloronas. Unas muchachas sentimentales, que en cuanto comience la nota tierna inundarán el teatro con sus lágrimas. Cada llorona cuesta ocho francos.

Guill. ¡Maravilloso!

Pimp. Para el tercero, como es cómico, vienen otras muchachas de risa argentina y escandalosa, de esas que ríen hasta en los duelos. Cada niña de risa argentina me cuesta diez francos.

Emp. ¡Admirable!

Pimp. Es el éxito por contagio. Invento Pimpinel. Si la obra fuera de gran guignol, traería las epilépticas, que con ataques de nervios y todo, me salen a doce francos cincuenta. Y si se tratase de una obra picante, vendrían las de mirada amorosa.

Guill. ¡Es usted un genio!

Emp. Colosal, querido Pimpinel. Pero no se esté aquí. Vaya usted a su puesto, que ha comenzado ya su romanza, Cora, la tiple cómica. Ya sabe usted que es necesario que se repita..

Pimp. Se repite, señor Trebisonda, se repite.

Guill. ¡A menos de que no suelte un gallo!

Pimp. Si da un gallo, me echo encima con unos aplausos a destiempo. La gente se vuelve airada y cuando se da cuenta ya ha cortado la nota. Es el gran recurso. ¡Ah! ¡La gloria que dan mis manos! (Sale por la derecha, primer término.)

Emp. (Frotándose las manos.) Esto marcha, Guillemón. Tenemos el éxito en casa, porque el «clou» es sin duda Ivette Darimond, de Bayadera.

Guill. Y aquí, en el palco, el Príncipe Indio, el hombre que está hoy de moda en París.

Emp. ¡Ah! Pero, ¿ha conseguido usted que venga al estreno el Príncipe Dakar de Lahore? ¡Magnífico! ¡Todo París va a hablar de esta opereta!

Guill. No tardará en llegar el ayudante del Príncipe. Me extraña que ya no esté aquí.

Emp. ¡Sublime! ¡El Príncipe, que es hoy la ilusión de todas las mujeres de París, en el palco viendo el estreno! El triunfo es seguro. (Estalla dentro una ovación. Sale a escena asomándose por el corredor del piso principal, Pimpinel, con cara de satisfacción.)

Pimp. ¡Ya está repetida la romanza! Soy el amo, señor Trebisonda. Pero vengan ustedes conmigo. Va a comenzar la escena cómica del primer actor y la tiple cómica y conviene que ayudemos a las risas con nuestras carcajadas. ¡Hay que animar al público! Ríanse conmigo. Con risa alegre, franca, sin esfuerzo. ¡A ver! (Salen los tres riendo a carcajadas. Vase Pimpinel por donde entró y Trebisonda y Guillemón por la derecha.)

Emp. ¡Ja, ja, ja! ¡Un éxito! ¡Un gran exito! ¡Ja, ja, ja!...

ESCENA III

MARIETTA, NAPOLEÓN. Ella es una mujercita encantadora y alegre, casada con un fabricante de chocolate. Un poco enamorada de todo lo excéntrico y bastante coqueta. Él, es un hombre maduro, el tipo del viejo verde parisién, muy elegante, exageradamente elegante y con un peinado que es un problema, con cuatro pelos nada más se cubre toda la cabeza

Marietta Marqués, sea usted formal. Le he dicho mil veces que yo soy una mujer que no engaña a su marido.

Napol. ¡Qué lástima!

Marietta Es usted un vil seductor...

Napol. Gracias a Dios que me dice usted algo agradable...

Marietta Por culpa de usted, me he perdido todo el primer acto. La exposición del asunto...

Napol. Es lo elegante... La gente elegante no se entera nunca del asunto de las obras. Es lo chic.

Marietta Déjeme usted entrar en mi palco.

Napol. ¡Qué ingratitud! ¡Fíese usted de las mujeres! Tres años haciendo el piel roja por usted. Tres años en los que he cambiado diez veces de peinado y doce de sastre. Tres años sacando las modas más extravagantes para rendirla. Tres años tratando de conseguir un tête a tête en un vis a vis, para salir ahora con que he hecho el ridículo...

Marietta ¿Y qué ha hecho usted por mí?

Napol. ¿No me dijo usted un día que sólo podría amar a un héroe?

Marietta Sí. Y se marchó usted a la India...

Napol. Sí, señora, a la India. (Aparte.) Me quedé en Versalles.

Marietta ¿Y allí, cazó usted elefantes?

Napol. (Aparte.) Grillos, y gracias.

Marietta La verdad es, que todo eso merece recompensa..

Napol. ¡Oh! ¡Por fin!... ¿Me concede usted su amor?

Marietta No, señor marqués del Macadán. Pero en cambio, le concedo el alto honor de prestarme un gran servicio...

Napol. ¿Un servicio? ¿Qué servicio?...

Marietta ¡Napoleón! (Solemne.)

Napol. ¡Premier! (Adopta la postura típica del Emperador.)

Marietta Usted que ha estado en las Indias, es imposible que no conozca al Radjami, el Príncipe Dakar de Lahore.

Napol. ¿Cómo ha dicho usted? (Aparte.) Debe ser una marca de cigarrillos.

Marietta He dicho, que debe usted conocer al Príncipe Dakar de Lahore.

Napol. (Presumiendo.) ¿Pero, cómo? ¿Dakar? ¿Dakar de Lahore? ¡Íntimo amigo mío! ¡Como hermanos! ¡Cazábamos juntos elefantes!... ¡Nos tuteábamos!

Marietta ¡Admirable!

Napol. (Aparte.) No le he visto en mi vida.

Marietta Entonces, el favor es muy sencillo...

Napol. Hecho. ¿De qué se trata?

Marietta De conseguir una invitación para asistir a su palacio.

Napol. ¡Ah, muy bien! Cuando vayamos a la India, le iré a saludar... y eso es cosa hecha.

Marietta No hay necesidad. El príncipe Dakar está en París.

Napol. ¿En París?... Pero, ¿en París de Francia?... ¿En este París en que estamos nosotros?...

Marietta Sí, señor, sí. Aquí..

Napol. (Apuradísimo.) Lo malo es que no conozco sus señas.

Marietta No se apure usted por eso. Va a venir esta noche a este teatro.

Napol. ¿Eh?... ¿A éste? (Aparte.) Pues, me he lucido.

Marietta En cuanto llegue, irá usted a saludarle.

Napol. (Aparte.) No tengo ni idea de cómo es el tal Príncipe.

Marietta Y en cuanto consiga usted la invitación..

Napol. ¿Cómo?... ¿Accederá usted?... ¿Me querrá usted?

Marietta Señor marqués, ya le he dicho a usted, que yo soy una mujer que no engaña a su marido... (Mutis, derecha. A uno de los palcos.)

ESCENA IV

TREBISONDA, PIMPINEL, GUILLEMÓN, por la derecha. CABALLEROS de frac, por el foro derecha. Luego el PRÍNCIPE DAKAR DE LAHORE, precedido de un chasseur y un ayudante militar, después el CORONEL PARKER.

Acom. (Anunciando al Empresario.) Señor Empresario, llega a la puerta el auto del Príncipe Indio.

Emp. Su Alteza llega, Pimpinel, prepárale un recibimiento.

Pimp. Está previsto. ¿Ve usted esos caballeros de frac?

Emp. Sí. ¿Son del público?

Pimp. Son de la claque. Siete francos, guantes comprendidos. Yo no me descuido... (A los

del frac.) Ya lo sabéis... Al entrar, unos vivas discretos y cordiales.

Claq. 1.º (Desde la escalinata.) ¡El Príncipe!

(Aparece un Chasseur, por la segunda de la izquierda, viste traje muy decorativo, cara obscura, de indio; baja con paso noble por la escalinata.)

Caballeros ¡Viva!... ¡Viva su Alteza!... ¡Viva!...

Pimp. ¡No, hombre, no! ¡Que no es él! ¡Silencio! ¡Es un botones!

(Sale por el mismo sitio un Ayudante, también moreno y con uniforme vistoso de un regimiento indio.)

Caballeros ¡Viva!... ¡Viva su Alteza!.,. ¡Viva! ..

Pimp. (Desesperado.) ¡Tampoco! ¡Tampoco es él! (Viendo al Príncipe.) ¡Ahora! ¡Ahora llega!

(Por igual sitio aparece el Príncipe.)

Todos ¡Viva su Alteza!... ¡Viva!...

(El Príncipe viste con gran elegancia; frac, capa, chaleco blanco, guantes con cadeneta negra, bastón con puño de marfil; en suma, traje impecable de etiqueta, a la europea. Haciendo un contraste, toca su cabeza con un turbante de seda blanca, con un broche de brillantes magnífico, sujetando una aigrette. Tiene su tez un color moreno, un tono más acentuado que si fuese de Europa. Lleva bigote negro azulado a la moda inglesa. Es un hombre de mundo, dueño de su ademán. En la conversación se le adivina una firmeza grande. A veces cruza por sus ojos un brillo de ironía cortés. En conjunto, es un hombre sano, fuerte, que ha aprendido a dominar sus impulsos y contener sus pasiones. Al entrar y ver a los de la escena, se detiene sonriendo.)

Príne. Muchas gracias... Muy amables... son ustedes muy amables...

Emp. ¡Alteza!... Me honra mucho ver a vuestra Alteza en este teatro...

Príne. Estoy encantado de usted, señor Empresario.

Emp. ¡Alteza! (Azorado.)

Príne. He sabido que aquí se representa una obra, «La Bayadera», y que el lugar de acción es mi patria. Por eso he querido venir a decirle: Estoy agradecido. Muy agradecido.

Emp. Me condecora, Pimpinel.

Príne. Y por eso he dado la orden...

Emp. (Aparte.) La orden del «elefante blanco», ya lo verás

Princ. ...Para que adquiriesen la localidad. ¿Qué artista La Bayadera?

Emp. La gran artista Ivette Darimond.

Princ. (Súbitamente, se pone serio.) ¡Ivette Darimond!... ¡Oh! Tengo curiosidad... Mucha curiosidad... Señores... (Hace ademán con el que despide a todos, los que le obedecen con una reverencia.)

Pimp. (Al Empresario, al hacer mutis.) Esto marcha, señor Trebisonda... Esto marcha.

(Mutis general. Los de la claque, por donde salieron; Trebisonda y Pimpinel, por primera derecha; El Ayudante, por el palco, y el Chasseur, por segunda izquierda. Sale el Ayudante, quedando a la puerta.)

Princ. (Al ayudande Derva.) Derva. (Éste, que está a la puerta del palco, le escucha con respeto.) Tú sabes que a mí no me interesan las mujeres de París.

Ayud. En cambio a ellas les ocurre todo lo contrario, Alteza, os adoran.

Princ. No. Es que yo soy aquí para las mujeres un objeto de exposición, una curiosidad; porque las atrae el exotismo de nuestro país.. Pero todo este interés, ni me seduce, ni me divierte.

Ayud. ¡Alteza!

Princ. (Agitado.) Sólo una mujer me atrae, me obsesiona, me agita... Una sola me apasiona. Ya sabes quién es. (Recobra su tranquilidad otra vez.) Es ésta... Ivette Darimond... Cuando paseamos por el bosque, todas me contemplan con los ojos llenos de curiosidad. Todas, menos ella. Ella no me mira. ¿Por qué? (Ha llegado a la puerta del palco. El Ayudante le abre.) Vete. Quiero estar solo. (Vase el Ayudante. Pausa.) ¡Tengo miedo a esta mujer! ¿Será mi destino? Esos ojos... Ese fuego de ilusión al cantar... Esa emoción que me comunica.... ¿Qué tiene esta mujer?

Música

(Dentro.)

Ivette ¡Ah!
Yo guardo con ilusión
mis besos para ti...

Coro ¡Qué dulce y bella canción!
Jamás igual la oí.

Ivette ¡Ah!
Ven amor mío a soñar
en la noche serena
de la luna al brillar.
Ven... a calmar el ardor
de mis labios sedientos
de la miel del amor.
Ven... que la luna pálida
sabe el misterio encantador.
Ven... mi amor; tu dolor a olvidar,
que en mis labios ardientes,
vas a aprender... a besar!

Coro La ilusión... va a nacer.
¡Feliz mujer!...
Cuando llega el amor,
las flores dan su suave olor,
y el jardín al pasar
llena de aroma de azahar...
¡Feliz mujer!

Príno. ¡Es ella, igual
que la soñé!
¡Ella, que fué mi ideal!
Si es que el amor va a nacer,
ven flor de loto a soñar,
ven y calma mi sed de placer.
¡Oh, bayadera,
renueva en mí
la ilusión... que sin verte sentí!
Canta... canta.
Dentro de mí penetró tu canción
y hoy llena todo mi ser,
y hoy a su ritmo latió el corazón.
Ven... dulce magia de amor
y renueva mi vida
el dulce ensueño al despertar.

La ilusión vive en mí
y en el pecho la herida
se abre otra vez porque la vi.

Ivette La, la, la...
Coro Les sonríe el amor.
Prínc. ¡Bella mujer!...
Hoy por fin vas a ser mi bayadera,
flor hechicera
que a mi jardín
me trajo la primavera.

—

En la misteriosa noche azul
de sus velos de oro tras de tul,
una bayadera
ágil y ligera
muestra sus encantos sin fin.
Baila ante la gente en Benarés
y un encaje trenza con sus pies.
Linda bayadera,
es una palmera
que nació en mi bello jardín.

—

¡Oh, bayadera... cómo me haces soñar!
Mi amor te espera... ¡No te puedo olvidar!
el fuego en que arderé
mirándote sentí.
¡Oh, bayadera, bayadera, ven a mí!
¡Oh, bayadera... de mirar seductor,
de luz de luna con reflejos de amor!
Tus besos de pasión
son mi supremo bien...
¡Oh, bayadera!
¡Ven, ven, ven!

—

Muchas bayaderas de Visnú
ante mí danzaron como tú,
y sus danzas locas
y sus frescas bocas,
me brindaron dulce placer,
pero en sus miradas, nunca vi
ese dulce fuego que hay en ti...

Nunca los destellos,
de tus ojos bellos,
que conmueven todo mi ser.
¡Oh, bayadera,
cuánto me haces soñar!
Mi amor quisiera
de mi pecho arrancar.
El fuego en que arderé,
mirándote sentí.
¡Oh, bayadera, bayadera, ven a mí!
¡Oh, bayadera... de mirar seductor,
de luz de luna con reflejos de amor!
Tus besos de pasión
son mi supremo bien...
¡Oh, bayadera!
¡Ven, ven, ven! (Mutis al palco.)

ESCENA V

NAPOLEÓN, luego MARIETTA, después algunas damas que salen de distintos palcos.

Hablado

Napol. (Por la primera derecha. Viene como huído.) Hay en París setenta y ocho teatros, trescientos cines y mil quinientos cabaret donde pasar la noche, y se le ocurre a este hombre venir aquí... Precisamente aquí... a este teatro... Comprendo las revoluciones y el bolcheviquismo... Y cómo me las arreglo... Tengo que obtener del Príncipe una invitación, porque si Marietta no realiza sus caprichos, dudará de mí, se dará poco a poco cuenta de mis engaños, y... adiós conquista... ¿Quién me presentaría a su Alteza?...

Marietta (Saliendo del palco.) ¡Napoleoncito!

Napol. ¡Ella! ¡Qué voz de gata mimosa!

Marietta ¿Lo sabe usted ya? ¡El Príncipe está aquí!...

Napol. Sí, sí. Ya lo sé... guapo, moreno... Demasiado lo sé.

Fifí (Sale del palco de Marietta.) ¡Napoleoncito!

Señora (Saliendo del mismo palco.) ¡¡Napoleoncito!!

Napol. ¿Vienen ustedes también a decirme que está aquí el Príncipe?

Señora ¡Naturalmente! Le hemos visto en el palco... ¡Qué hombre!

Marietta (A las damas.) Estoy encantada.. Figuraos, amigas mías, que el marqués, que es íntimo del Príncipe, le va a pedir una invitación para mí... Voy a ser presentada a su Alteza. ¡Cómo va a envidiarme todo París!...

Napol. ¿Ve usted? Eso es lo que me molesta, Marietta. Noto en usted algo que me desagrada... Un interés muy marcado...

Marietta ¿Está usted celoso?...

Napol. ¡Nunca! El marqués de Macadán no puede jamás tener celos de esa pastilla de chocolate.

Marietta ¿De chocolate?

Damas ¡Ay, qué rico!

Napol. Eso de rico, ¿es por el cacao, o por el Príncipe?

Marietta Es inútil su resistencia, Napoleón. Yo no le suelto hasta que nos haya presentado...

Napol. No. Yo no entro ahora.

Marietta ¿Por qué?

Napol Están haciendo una escena el primer actor cómico y la característica. No puedo ver al primer actor cómico... no puedo ver a la característica. Me revientan los dos..

Marietta No importa. Adentro con él. Será nuestro prisionero.

Napol. ¡Que me buscan una cuestión! ¡Que ustedes no conocen al Príncipe!... (Aparte.) ¡Ni yo tampoco!...

Marietta ¡Vamos! (Le entran en el palco a viva fuerza.)

ESCENA VI

El EMPRESARIO, GUILLEMÓN, luego el PRÍNCIPE.

Emp. ¡Admirable! ¡La Darimond está haciendo prodigios! ¡Cómo está esta noche!

Guill. Ahora termina la escena...

Prínc. (Sale triunfante de su palco.)

Pimp. (Sale por primera derecha. ¡Cuarenta y seis bravos! ¡La Darimond hace lo que quiere del público!

Príno. Señor Empresario... Deseo que me haga usted un gran favor...

Emp. Hablad, Alteza...

Príno. Me ha impresionado esta artista de un modo extraordinario, y deseo ser presentado a ella, pero en seguida.

Emp. (Reverencia.) Alteza... Vuestros deseos son órdenes... La Darimond irá a saludaros al palco...

Príno. ¡Oh, no! Eso no sería correcto. Yo suplico a usted que me conceda el gran honor de ser presentado a la gran artista...

Pimp. (Al Empresario.) ¡Esto marcha!... ¡Esto marcha!...

Emp. (Bajo a Pimpinel.) Me parece que este indio acaba en caballo blanco... (Saludando al mutis.) ¡Alteza! (Vanse primera derecha.)

Príno. (Paseando agitado.) ¡Voy a verla!!... ¡Voy a hablar con ella,... ¡Es maravillosa! ¡Maravillosa! Sí, sí. . La diré... (Enciende un pitillo, lo tira al suelo vuelve a encender otro, y repite el juego.) ¡La diré... que sueño con verla bailar delante de mí... envuelta en velos de oro... Pero ¡sólo para mí!... ¡Sin que haya, como hoy, tantas miradas ansiosas profanando su arte! ¡Cómo odio a este público que la está viendo lo mismo que yo!... ¡Quisiera estar en mi país, que fuesen todos súbditos míos, para arrojarles a latigazos. . Y quedarme yo solo mirándola... ¡Solo! ¡Solo!...

ESCENA VII

El PRÍNCIPE y NAPOLEÓN

Napol. (Sale del palco en que entró.) ¡Solo! ¡Está completamente solo! Esta es la ocasión.. Después de todo, un Príncipe es un hombre como otro cualquiera... Un hombre guapo y nada más... Resulta decorativo, pero no es, ni con

mucho, más guapo que yo... Cuando tengo jaqueca, y me pongo en la frente una compresa fría y un pañuelo, estamos casi iguales... La cosa es encontrar un tema de conversación... ¡Qué lástima que yo no sepa el indio! .. Pero la única palabra india que sé, es el «Hatchis», y si se lo digo así, desopetón, ya sé lo que me va a contestar... «Jesús», porque creerá que es un estornudo. . (Le sigue en sus paseos agitados. Luego dice con voz tímida.) ¡Alteza!... (Pausa.) ¡Alteza! (El Príncipe no lo oye. Al fin le corta el paso y dice tendiéndole la mano.) ¡Alteza, la necesidad me obliga!... (El Príncipe le mira extrañado, saca una moneda de oro y se la da.)

Príno. ¡Tome!

Napol. ¡Alteza! (Ofendido va a devolvérsela, pero se contiene y dice.) Si se la devuelvo, va a ofenderse. (Alto.) Perdone, Alteza, si me tomo la libertad de hablaros... Me llamo Napoleón y soy marqués de Macadán.

Príno. ¡Todo eso no me importa!... ¿Qué desea?

Napol. (Aparte.) Amable no lo es, eso no... Pero... (Alto.) Pues yo desearía que hablásemos como dos antiguos amigos... Hola, Príncipe... Hola, Napoleón... Hace un calor horrible aquí... ¿verdad que lo hace?...

Príno. ¡No!

Napol. Bueno. Claro... Vuestra Alteza... Allá, en la India. . acostumbrado al clima... Como allí, sí que hará mucho calor...

Príno. ¡Sí!

Napol. (Aparte.) ¡No! ¡Sí! No va a resultar cosa fácil la conversación... Intentaré un recurso de habilidad (Alto.) Seguramente, a vuestra Alteza le extrañará que yo le hable así, sin más ni más.

Príno. Sí, señor. Me extraña mucho. ¡Es una necedad!...

Napol. (Ya se va poniendo más amable) (Alto.) Pues bien, Alteza... le diré brevemente...

Príno. Sí. Muy breve... muy brevemente...

Napol. (Ya va tomando confianza.) (Alto.) Pues... Yo... la verdad. Quería decirle a vuestra Alteza que... (De pronto se le ocurre una idea.) (¡Ah,

sí, ya está!) Quisiera preguntar a vuestra Alteza... si ha perdido esta petaca de oro. La encontré aquí, a poco de llegar vuestra Alteza. Aquí, junto a esta silla...

Príne. ¿Esta petaca? No, no es mía...

Napol. (Aparte.) Naturalmente que no... como que es mía. Pero ya hay pretexto de hablar. ¡He sido lo que se llama un vivo!

Príne. No es mía, pero pertenecerá a alguno de mis acompañantes. (Coge la petaca.) Yo se la daré... Muchas gracias. (Le deja con la boca abierta y entra en el palco.)

Napol. (Anonadado.) ¡Y se la lleva! (Gritando.) ¡No, Alteza! ¡Eso no! ¡Que ya he preguntado al séquito y no es del séquito! ¡Nada, que me he quedado sin la petaca! Me parece que he sido yo el que he hecho el indio... (Se oye un aplauso dentro. Ovación.) Acaba el acto. Me voy antes de que salgan. Una petaca que era mi orgullo... una petaca que no la usaba por no gastarla el broche. (Vase por la primera derecha.) (Suenan nuevos aplausos. Las puertas de los palcos se abreu y por todas partes entra en escena público, repitiéndose el cuadro al empezar el acto.)

ESCENA VIII

PÚBLICO, CABALLEROS, SEÑORAS, que salen de los palcos. FIFÍ, ARMANDA, El EMPRESARIO, GUILLEMÓN, PIMPINEL, y por último IVETTE DARIMOND.

Música

Coro

Es un acto encantador
este acto segundo,
y su asunto es el amor,
que es señor del mundo.
Pero el clou de la función
de «La Bayadera»,
es Ivette Darimond
nuestra gran primera.

Pimp. Tengan todos la bondad,
que va a venir ella.
¡Paso a la celebridad!
¡Paso a nuestra estrella!

Coro ¡Ah! ¡La gran artista singular!

(Entra en escena, rodeada del Empresario, de Guillemón y de algunos abonados, la gentilísima Ivette Darimond. Lleva, como es lógico, el traje con que ha representado, pero cubierto con una magnífica capa o abrigo de noche, de modo que solo se le vea el adorno de la cabeza. Es una mujer espiritual, distinguida en el gesto y en la pose; una mujer excepcional, que además de todo eso es artista. Mantiene a todos a distancia, no permitiendo que olviden que es una dama del gran mundo, en el que impone, además de la moda en el vestir, mucho de su distinción espiritual. Entra en escena algo nerviosa, molesta, con Trebisonda.)

Hablado

Ivette Amigo mío. Parece mentira que sea usted capaz de proponerme ese disparate.

Emp. (Justificándose.) Pero, querida Ivette, ¿olvida usted que se trata nada menos que de un Príncipe?

Ivette Yo no puedo ser princesa y él no puede ser artista. Estamos iguales.

Emp. Pero es que...

Ivette Atreverse a decirme que vaya a saludarle a su palco... como una artista de cabaret. Si no me hiciese usted reír me ofendería.

Música

Ivette

Jamás podrá
ninguno sospechar
el gran temor
que siento al trabajar.
Apenas suena el timbre
para la función,
al instante siento pánico
y me invade la emoción.

Cuando veo
que subió el telón
entonces, toda nervios
quiero dominar,
decidida voy al público
y segura de triunfar,
con mis artes de mujer
pongo el alma al declamar
y mi entusiasmo siento arder
hasta ver que conseguí
vencer.

—

Somos estrellas que suelen lucir
sobre la escena con falso fulgor
para fingir loco ardor,
para sollozar y después reír.
Somos estrellas que saben fingir
una ilusión ante el espectador.
Vaya al despacho, señor,
si es que quiere entrar,
para presenciar.
De doce a dos,
cómo muero de amor
al lado de la concha
del apuntador.

Coro De doce a dos
cómo muere de amor
al lado de la concha
del apuntador.

(Al terminar el número de música, va desapareciendo el público poco a poco a ocupar sus localidades.)

Hablado

Pimp. Todo artista se debe al público. El Príncipe está de moda en París.

Ivette ¡Bah! ¿Y a mí qué me importa?

Pimp. (Con intención.) Claro es que por otra parte no conviene esa presentación. El Príncipe es hombre peligroso, muy peligroso. Mujer a la que mira, es seguro que le adora. Comprendo el temor de Ivette.

Ivette ¿Cómo? ¿Miedo yo? ¿Temer yo a un hombre? Trebisonda. Le ruego que me presente en seguida a ese Príncipe tan conquistador.

Pimp. (Aparte.) ¡Esto marcha!

Emp. ¿Pero usted lo ha pensado bien?

Ivette Preséntemelo usted en seguida y aquí mismo.

Emp. Puesto que usted se empeña.

Pimp. Es preciso complacerla.

Emp. Voy en busca de su Alteza. (Al verle salir de su palco.) Ah, no es preciso. Ahora viene.

ESCENA IX

DICHOS y el PRÍNCIPE con un hermoso ramo de rosas color rojo. Ivette le contempla examinándolo sin piedad, luego un poco irritada al verle impasible. Después dice con una frialdad que es completamente fingida, dirigiéndose a Pimpinel

Ivette No está mal.

Emp. Permitidme, Alteza, que os presente a Ivette Darimond, nuestra gran artista. .

Ivette (Con inclinación fría, helada.) Caballero.

Príno. Señorita. Quiero ante todo dar a usted gracias por la hora inolvidable de suprema emoción que me ha proporcionado.

Ivette ¿Le agrada mi voz?

Príno. Es algo mucho más interesante; voz divina tienen los ruiseñores. Pero es que usted, con su temperamento exquisito, me ha hecho evocar todo el recuerdo de poesía de mi patria lejana. Gracias.

Ivette No las merece, Alteza. Es mi oficio.

Príno. Estoy encantado. Admiro a usted fervorosamente.

Ivette Parece hombre de talento.

Pimp. Esto marcha. Vámonos. (Al Empresario. Vanse los dos con Guillemón. Los tres por la primera de la derecha. Quedan solos Ivette y el Príncipe.)

Príno. (Ofreciéndole las rosas a Ivette.) ¿Me permite usted?

Ivette Hermosísimas rosas. (Absorbe su perfume con los ojos cerrados.)

Princ. Son de los jardines de Mahal en Agra. Akar, el viejo emperador, las amaba más que el oro. Florecen allí hace siglos y las llaman flores de amor.

Ivette (Las deja en la mesa con movimiento involuntario.) Cosas de leyenda.

Princ. Una leyenda que hasta ahora fué siempre realidad. Pero hablemos de usted. (Con tono ligero.) La he admirado siempre que vine a París. Pero hasta hoy nunca pensé que tendría el honor de hablarla.

Ivette (Irónica.) Le agradezco el cambio de opinión,

Princ. Huía siempre de usted. Acaso como europea no acabe de comprenderme, pero sentía temor, un gran temor de que influyera usted demasiado en mi destino.

Ivette ¿Va usted a contarme otra leyenda?

Princ. No voy a contar nada. Es... que la quiero a usted.

Ivette ¡Alteza! Llega usted demasiado pronto al final del dúo.

Princ. Justo. Llego al final del dúo. Por eso sigo. La quiero a usted con locura.

Ivette Tiene usted un modo de conquistar verdaderamente fulminante. Me explico sus éxitos. Comienza usted por evocar la poesía de una leyenda de rosas y suelta usted luego una declaración así, de golpe. El procedimiento es demasiado indio, Alteza. Apuesto cualquier cosa a que acaba usted invitándome a cenar.

Princ. Naturalmente. Vendrá usted a mi palacio. Reuniremos allí todo París. Será una fiesta de alegría en la que las gentes le rendirán homenaje como a una reina.

Ivette Una fiesta a la que no pienso asistir. (Pausa.)

Princ. ¿Y si yo la obligara a usted?

Ivette ¿Obligarme? Hombre... Mire usted, ¡me agradaría saber cómo!

Princ. ¡Con mi voluntad!

Ivette ¿Tan poderosa es su voluntad?

Princ. Hasta hoy no encontré obstáculo que no

venciese. Mi voluntad es un poco, muy poco más fuerte que la suya.

Ivette Sería cosa de verlo. ¿Se propone usted luchar contra mi voluntad? ¡Sea! Acepto la batalla, veremos quién vence.

Princ. ¡Yo! Cuando la representación termine esperaré a usted aquí. No haré otra cosa que desear con todas mis fuerzas, que desear que usted venga y vendrá usted. No lo dude. Vendrá, se apoyará en mi brazo y juntos subiremos al auto que nos estará esperando.

Ivette ¡Muy bonito programa! Sin duda en su país es costumbre que manden los caballeros. Aquí, no, y para probárselo, le diré que mientras que usted espera me habré ido por otra puerta diferente riéndome de usted con más ganas que nunca.

Princ. Un consejo. No asegure usted. No debe asegurarse más que aquello que se puede cumplir.

Ivette Príncipe: a vuestra Alteza le ha engañado sin duda la comedia que acabo de representar. Se ha creído que soy realmente una bayadera que admite órdenes. Yo estoy acostumbrada a mandar, haciéndome obedecer.

Princ. Ivette, yo sólo puedo contestar a usted, con las frases que canta el Príncipe de la opereta.

Música

(Dúo como si fuera de la obra que representan. Al terminar el dúo él la ofrece de nuevo las flores. Ella las toma involuntariamente y sale con ellas segura de la victoria. Él queda mirándola enamorado. Luego hace mutis al palco. Ella vase por primera derecha.)

Princ. Por ti, flor de loto gentil,
yo me muero de amor,
le decía un día de abril
un insecto a una flor.

Ivette Mariposa feliz nací,
más no puedo volar

porque viéndote preferí
a tu lado soñar.

Princ. Toma las bellas rosas
que crecen allá en Djeipur.
Rosas, prodigiosas
de la selva de Djeipur,
amorosas,
de mi vida sois augur.
Con vuestro aroma de tentación
sed misteriosa fascinación,
sed beso ardiente... sobre su frente,
fuego de amores en su corazón.

Ivette (Irónica.)
Rosas prodigiosas
de la selva de Djeipur,
amorosas,
de su vida sois augur.

Los dos Divinas rosas, rojas y bellas.
Sois mariposas y sois estrellas.

Ivette ¡Mas no sabréis vencer
a un alma de mujer!
(Mutis, primera derecha.)

ESCENA X

MARIETTA y LUIS FELIPE. Salen del palco con los abrigos puestos. Ella lleva además, una piel al brazo, un bolsillo elegante y unos gemelos. Luis Felipe es un hombre viejo, pero jovial y alegre, simpático, amable, bonachón. Un rico industrial y un buen marido.

Luis Vámonos, monina.

Marietta Es fuerte cosa que no consiga quitarte la costumbre de salir del teatro antes de que termine la función.

Luis En cambio, tú tienes la manía de llegar a media representación, así nos compensamos.

Marietta ¡Ay! ¡Qué hombre éste! (Nerviosa.) Toma, guárdame eso. (Le tiende la bolsa.)

Luis Sí, monina.

Marietta Te suplico que no vuelvas a llamarme «monina». No he oído cosa más vulgar ni que suene más a casados provincianos.

Luis ¡Bah! Anda, vámonos.

Marietta No. No podemos marcharnos todavía. ¿A que no sabes lo que me tiene hoy prometido el marqués?

Luis ¿Un lulú de Pomerania?

Marietta Algo mejor. Me ha prometido presentarme al Rajadmi. Al Príncipe Dakar de Lahore.

Luis ¿Al Príncipe Dakar de Lahore? Mira. Eso me interesa. Me interesa mucho.

Marietta ¿Te interesa el Príncipe?

Luis No, hijita. Lo que yo quisiera, es que me nombrara cónsul general de Lahore, en París. De este modo lograría exportar a la India mi chocolate.

Marietta Me horroriza oirte hablar siempre del negocio. Por favor, Luis Felipe, no seas tan comerciante. Es muy ordinario. (Ve llegar a Napoleón.) ¡Oh! Aquí llega el marqués. Toma, haz el favor de llevar mis gemelos.

Luis (Con mucha calma. Los coge.) Sí, monina.

ESCENA XI

DICHOS y NAPOLEÓN

Marietta Qué, ¿habló usted con el Príncipe?

Napol. (Aparte.) Es más terca que un tornillo.

Marietta ¿Ha estado amable con usted?

Napol. Cordial y efusivo, como siempre.

Marietta ¿Y accede?

Napol. Jamás.

Marietta Veo que se ha portado usted. Pero, en fin, hablaré yo al Príncipe. A mí no me lo negará. En premio a su heroicidad, le permito a usted que bese mi mano. (A Luis Felipe.) Toma, tenme éso. (Le da el bolsillo.) Haz el favor.

Luis Sí, monina.

Marietta (Alargándole la capa.) Toma. Haz el favor de tenerme éso.

Luis Sí, monina.

Napol. (Besándola.) En el dedito chiquitín, otro en el pulgar, otro...

Luis Oye, Bonaparte. Menos manucureo y prepárate a hacerme un favor.

Napol. Tú dirás.

Luis Te ruego que hables al Príncipe.

Napol. ¿Pero es que tú también quieres que te presente?

Luis No, hombre. Yo me contento con que me nombre cónsul general de Lahore, en París.

Napol. ¿Cónsul de Lahore?

Luis Sí. No es más que para colocar mi chocolate. A ti eso te ha de ser facilísimo, dada vuestra amistad.

Napol. ¡Dios mío, éste también!... Bueno, yo creo que se hace tarde. ¿Nos vamos?

Luis Nada de eso. Yo no me muevo de aquí hasta que me presentes a su Alteza. El negocio es el negocio.

Napol. ¿Pero no ibas a cenar?

Luis El chocolate es antes que la cena.

Napol. Si no dices más que eso... ¿Pero no sería mejor esperar a la semana próxima? Estamos a fin de mes y el Príncipe tiene mejor humor a primeros.

Marietta La ocasión es demasiado feliz para que la dejemos escapar.

Napol. Que ustedes no saben lo que le molestan al Príncipe las presentaciones.

Luis No te esfuerces, Napoleón. Yo le voy a esperar viendo el tercer acto, sin quitarle la vista de encima, para que no se vaya sin sernos presentado. (Mutis al palco.)

Marietta Ya lo oye usted, vamos a ver el tercer acto.

Napol. Señora, ¡por Dios! ¿Quién va a ver un tercer acto? ¿Qué persona que se estime en algo comete esa tontería? Y precisamente a esta hora, cuando París despierta, cuando todos los cabaret lanzan raudales de luz, cuando resuenan los ecos de mil orquestas, y hasta las bocinas de los automóviles se acompañan con un ritmo de fox-trot. ¡Oh, la noche!

Música

DUETO DE LOS PLACERES DE LA NOCHE

Napol. Ya la noche comenzó,
ya llegó el placer.
Ahora sólo escucho yo
risas de mujer.
Taponazos de champán,
suspirar de un violín
y el ruido del jazband
del Restoran Maxim's.

Marietta Se desborda el buen humor
al reír sin querer,
del día lo mejor
es el anochecer.

Los dos Las estrellas cubren los cielos,
parpadean al relucir;
es la hora de vivir,
de gozar y de reír;
los placeres van a surgir.

Napol. Las estrellas cubren los cielos,
ya las veo parpadear;
es la hora de buscar
a una chica a quien amar
y entre besos irse a cenar.

Marietta Lo mejor es trasnochar,
porque pienso yo
que nunca ha de madrugar
quien no se acostó.
En las noches el placer
seductor brilla al fin
y triunfa la mujer
que es reina de Maxim's.

Napol. Que la noche la ocasión
al amor sabe dar;
la noche es la ilusión,
la noche es el azar.

Los dos Las estrellas cubren los cielos,
parpadean al relucir;
es la hora de vivir,

de gozar y de reír;
los placeres van a surgir.
Las estrellas cubren los cielos,
ya las veo parpadear,
es la hora de buscar
una chica a quien amar
y entre besos irse a cenar.

(Al final, hacen los dos mutis, por la primera derecha.)

ESCENA XII

PARKER es el residente enviado por el gobierno inglés a LAHORE, y destinado a ser la tutela que Inglaterra pone a todos los príncipes indios, para conservar sobre ellos la fuerza moral. Es un militar brusco, que a pesar de los disgustos que le da el Príncipe, tiene a éste gran afecto. Sale furioso, excitado. Luego el PRÍNCIPE

Hablado

Parker No, no y no. Pásele aviso.

Acom. (Oponiéndose) Es imposible molestar ahora a su Alteza.

Parker Pásele aviso o paso yo sin avisar.

Acom. ¡Señor!...

Parker Dígale usted, que le espera aquí el Coronel Parker.

Acom. Al momento. (Mutis al palco.)

Parker (Pasea conteniendo su rabia.) No he visto en mi vida un hombre más tranquilo que éste.

Prínc. (Sale del palco con el Acomodador que se retira discretamente por la segunda izquierda, que es por donde entraron a escena, él y el Coronel.) ¡Ah! ¿Es usted, Coronel? ¿Qué pasa?

Parker (Conteniéndose.) Alteza, hace algunos años que tengo el honor de estar a vuestro servicio, cumpliendo las órdenes del Gobierno Británico. Lo que nadie podrá decirme en justicia, es que este honor ha sido un placer.

Prínc. Cálmese, amigo mío Está usted excitado. ¿Qué ocurre?

Parker ¡Alteza! Hace días que os busco inútilmente en palacio y en la embajada.

Princ. Como que los dos lugares son aburridísimos, y yo he venido a París a divertirme.

Parker Vuestra Alteza se divierte, pero es porque seguramente ha olvidado que dentro de tres días cumplirá treinta años.

Princ. ¡Demonio! ¿Pero voy a cumplir años otra vez? Qué de prisa pasa aquí el tiempo.

Parker Vuestra Alteza sabe también, que según las leyes de la India, vuestra patria, es indispensable, que al cumplir treinta años, estéis casado ya.

Princ. Ciertísimo.

Parker Inglaterra quiere que Lahore tenga al fin por rey. un príncipe joven, de ideas modernas y liberales, afecto a la metrópoli.

Princ. Bueno. Inglaterra desea eso. Pero yo no.

Parker Nadie puede oponerse a los deseos de las Islas Británicas. Vea esta carta. La acabo de recibir. (Se la muestra.)

Princ. Una carta autógrafa de mi anciano tío, el príncipe reinante. Léala usted, Coronel. Mi tío tiene una letra endemoniada.

Parker (Leyendo.) «Mi amado Príncipe y sobrino: Hace meses esperamos tu vuelta, y como el día que, según la ley, has de estar casado se aproxima, he prometido tu mano en tu ausencia.»

Princ. ¡Hombre, muy bonito!

Parker «He buscado las seis doncellas más encantadoras del país, para que a tu llegada no pierdas tiempo y elijas entre ellas la que ha de ser tu augusta esposa.»

Princ. Mi tío es un hombre previsor.

Parker «Claro, que si además de la elegida te gustan las otras, puedes conservarlas a tu servicio.» ¿Qué decís de ésto?

Princ. Que no pienso casarme a la moda inglesa.

Parker Alteza. No olvidéis que Inglaterra lo quiere. Os han destinado a heredar el trono de Lahore. Os han educado en Europa...

Princ. ¿Y quieren que después de enseñarme la cultura de estos países vuelva a la barbarie, a ser esclavo y un prisionero de mis subditos? ¡Jamás consentiré!

Parker ¡Es preciso! En Burdeos nos aguarda un destroyer inglés, que ha de llevarnos a Bombay sin perder momento. A las diez y treinta sale el rápido. Dígnese acompañarme al momento vuestra Alteza.

Prínc. ¡He dicho que no!

Parker ¡Inglaterra lo quiere!

Prínc. ¡Pues le digo que no, a Inglaterra!

Parker ¡Alteza! Jamás os he visto en esta actitud de rebeldía. Esto me hace pensar... (Aparte.) ¿Quién será ella? En este juego estoy seguro de que hay una mujer.

Música

Prínc. ¡Oh, Bayadera! ¡Cuánto me haces soñar!
Mi amor te espera. ¡No te puedo olvidar!
Un fuego de pasión me abrasa el corazón.
¡Oh, Bayadera, ven mi pecho a consolar!
¡Oh, Bayadera, ten de mí compasión!
(El Príncipe esta vuelto de espaldas a Lord Parker mirando por entre la entreabierta puerta del palco al interior de la sala.)

Recitado sobre la música

Parker (Aparte.) ¿No lo dije? ¡Aventurilla tenemos! (Al Príncipe.) De todos modos, Príncipe, yo necesito dar una contestación a mi Gobierno. ¿Partimos?
(El Príncipe se ha acercado pensativo a Parker. En este momento sale Derva del palco. Apenas le ve el Príncipe va hacia él con resolución.)

Prínc. ¿Una contestación? ¡Pues va usted a verla. (Llamando.) ¡Derva! (Derva se aproxima en silencio al Príncipe.)
Yo quiero dar hoy una gran soirée.
Prepárala. Rue Saint Honoré.
Fiesta galante,
bella y elegante
como la soñé.

Parker (Aterrado.) ¡Está loco!

Prínc. Dile a todo el mundo
que ha de ser fiesta de amores

y procura que las flores
la conviertan en jardín.
Pedirás cenas de Paillard.
Boldi y sus tziganos
en la fiesta han de tocar
y después para bailar...

Parker (Severo.)
¡Alteza! ¿Qué decís?
¿De mi Gobierno os reís?

Recitado sobre la música

(El Príncipe sin hacer caso a Lord Parker, empuja a Derva para que corra a cumplimentar sus órdenes.)

Prínc. ¡Corre!... ¡De prisa... Derva! Inventa... Discurre... Busca lo mejor... Lo más suntuoso... Piensa que quiero festejar a la reina de mis amores. (Vase Derva.)

Parker ¡Inglaterra se enfadará, Príncipe!

Prínc. (Cada vez más agitado y nervioso.) Invitados... Necesito invitados... ¿Dónde encontrar gente para invitarla? Convidaría esta noche si pudiese, a todo París... ¡A todo París!... (Pausa.) ¡Ah! ¡Ya los tengo!

(Estalla dentro una salva de aplausos. Se abren las puertas de los palcos y sale por ellas el público que ocupaba. Ha terminado la representación. Mucho movimiento.)

Público
Va a aplaudirse con furor,
por París entero,
más aún que el anterior
este acto tercero
Y ha de ser gran atracción
esta Primavera
ver a Ivette Darimond
en «La Bayadera».

(Marietta, Fifi y Armanda, empujan a Napoleón para que las presente al Príncipe.)

Marietta Ande usted. ¡Preséntenos!
Ahí está su Alteza.

Napol. (Resistiéndose, pero al fin se decide.)
Yo aseguro, como hay Dios,
que me da en la cabeza. ¡Ah!

(Decidido, Napoleón corre hacia el Príncipe, cantando

y dando saltos, y al acercarse le da una palmada en el hombro como si se tratara de un amigo de toda la vida. El Príncipe, afectuoso y alegre, le coge del brazo. Napoleón pasa del temor al asombro)

Prínc. (A Napoleón)
¡Deseo a sus amigos invitar!

Napol. ¡Gran señor! (Aparte.) ¡Ya es mi amigo!
(A Marietta y Fifi y a Luis y Felipe.)
¡Oh! Qué intimidad
y qué amistad
tiene el Príncipe conmigo.

Prínc. (A Napoleón.)
Los espero para cenar.

Napol. Iré a cenar ¡Claro es que iré!

Prínc. Invite a sus amistades.
Tendré en recibirles mucho honor.

Napol. (Haciendo las presentaciones.)
Estos son los señores Turnell.

Luis (Asombrado.)
¡Oh, señor!... ¡Gran señor!
Es favor...

Marietta Aquí en París se es muy cortés.
Nadie jamás dirá que no.

Napol. Nunca el caso se dió
de ser descortés ..
con quien nos honró.
(El Príncipe besa la mano a Marietta.)

Marietta / **Coro** La invitación aceptaré
y el gran honor no olvidaré.

Todas Aquí en París se es muy cortés,
y al anfitrion decimos: Ouí,
y nos burlamos de él después.
¡Mersi, mesié!
¡Mersi! ¡Mersi!
(Todos hacen grandes reverencias. Entran en escena precipitadamente Pimpinel, Trebisonda y Guillemón.)

Recitado sobre la música

Emp. ¡Príncipe! ¡Príncipe! El auto espera.

Prínc. Mil gracias, señor Director. Y no olviden ustedes que están invitados esta noche en mi casa. Quiero corresponder a sus bondades. (El Príncipe saluda a la usanza india. Se lleva

la mano al turbante, luego a los labios y después toca ligeramente los dedos de la mano que le tiende Trebisonda. Napoleón observa con curiosidad toda la maniobra.)

Pimp. (Gritando.) ¡Un aplauso al Príncipe! ¡Hip! ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!

Todos ¡Hurra!
¡Saludad,
y al Príncipe dad
por su bondad
el parabién!

(Todos han rodeado al Príncipe, que muy contento, estará en el centro de la escena. Napoleón saluda a todo el mundo copiando cómicamente el saludo indio que ha visto hacer al Príncipe.)

Prínc. Este es París, rey del placer,
que a todos sabe retener.
Es el París con que soñamos
cuando de amores suspiramos.
Es mago y tiene la virtud
de prolongar la juventud.
Este es París, rey del placer.
¡Quiero con él corresponder!
Parisinos del Boulevard,
¡vuestra es hoy mi casa
Os aguarda el Champán frapé,
Rue Sant Honoré.
Y en la fiesta toda amor
y galantería,
el Champán embriagador
nos dará su ardor.
¡El Champán! ¡Champán!
Alienta la pasión
y da placer
a nuestro corazón.
Las blancas perlas de Ceilán,
junto a él nada son,
que es espuma de Champán
nuestra ilusión.

Todos ¡Viva el Champán
que es la ilusión!
¡Champán!

Marietta Un diablillo flotar verás
en la amable copa

y entre risas le pedirás
que te sirva más.

Napol. Aligera el corazón
de melancolía
al saltar con el tapón
penas y emoción.

Todos ¡Oh! ¡Champán! ¡Champán!
que alienta la pasión
y da placer
a nuestro corazón.
Las blancas perlas de Ceilán
junto a él nada son,
que es espuma de Champán
nuestra ilusión.

(Baile y mutis de todos excepto el Príncipe y Lord Parker. Cambio de luz en la escena. Un criado pone la capa al Príncipe. Luz roja en la batería. Apáganse las arañas. Sólo quedan las luces rojas de la escena.)

Recitado sobre la música.

Parker No me negaréis que esto es una locura.

Príno. Es posible.

Parker ¿Insistís en desobedecer las órdenes de mi Gobierno?

Príno. Sí, coronel.

Parker Reflexionad. Aún es tiempo. Nos quedan dos horas todavía. Dentro de dos horas iré a buscaros.

Príno. No falte usted, coronel. Le espero en casa. Vamos a divertirnos mucho.

Parker Lo dicho. Está loco. (Vase.)

Príno. (Impaciente, intranquilo, va lentamente de un lado a otro.)

¡No sé por qué siento ansiedad!
¡Si no viniese Ivette aquí!
¡Es tarde ya!
¡Qué ocurrirá!
¡A caso la ofendí!
¿Vendrá?
¡Creo que sí!
¡Oh, Bayadera! ¡Cuánto me haces soñar!
Flor de loto, ven, ven mi amor.
Que te aguarda mi afán.

Ivette (Dentro.)
Rosas de Djeipur... ¿qué tendrán?
¡Qué poder tentador!

Princ. Flor espléndida del jardín
donde nace el placer.

Ivette (Dentro.)
Rosas mágicas del Fakir.
Voy a él.. Sin querer.

Princ. Su voz oí y a mis brazos vendrá.
¡Flor de amor que es flor de aurora!

(Aparece Ivette. Viene envuelta en un abrigo de calle que la cubre enteramente. En las manos lleva el manojo de rosas. Avanza despacio hacia el Príncipe, como si marchase a la fuerza, sugestionada sin saber por qué. Luz blanca sobre la figura de Ivette.)

Ivette (Aspirando el perfume de las rosas.)
Rosas prodigiosas
de la selva de Djeipur,
lindas rosas
de mis sueños sois augur...

Los dos (Ivette se ha cogido del brazo del Príncipe.)
Con vuestro aroma de tentación
sois misteriosa fascinación.
Sois beso ardiente
sobre mi frente,
fuego de amores en mi corazón.

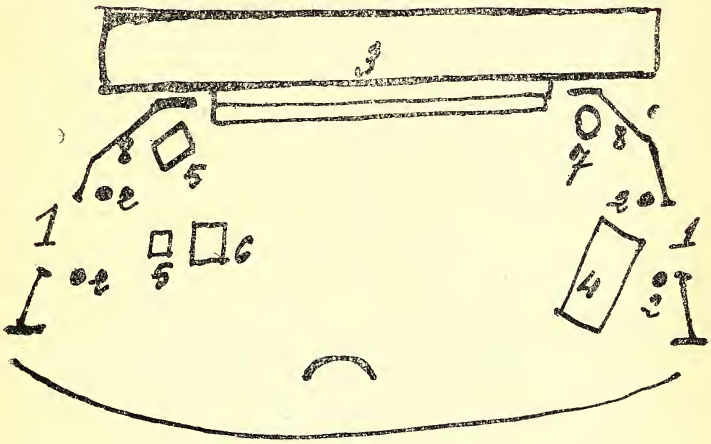
(Siempre cogidos del brazo vanse hacia la salida, las caras un poco vueltas hacia el público.)

Divinas rosas, rojas y bellas,
sois mariposas y sois estrellas,
y al fin logré vencer
a un alma de mujer.

(Lentamente salen. Cuando la escena queda sola, el Acomodador entra en el palco del frente como si estuviese haciendo la requisa. Sale con unos gemelos y un programa extendido en el que se leerá «La Bayadera». Le mira un momento, después se dirige a la llave de la luz y apaga las luces que hayan estado encendidas no quedando más alumbrado que el supletorio de bombillas rojas. Hecho esto, el Acomodador vase mientras el telón cae lentamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO



1.—Puertas con grandes cortinones.
2.—Pebeteros.
3.—Arco, cerrado por cortinas.
4.—Diván.
5 —Butaquitas.
6.—Mesita escritorio
7.—Figura de la diosa Kali.
8.—Aras de sacrificio.

Salón indio en el palacio que tiene en París el Príncipe Dakar. Amueblado con gran lujo y gusto refinado. A derecha e izquierda, dos grandes puertas con suntuosos cortinones; al lado de ellas, pebeteros, donde arden esencias exóticas. Las paredes, incrustadas de diamantes, plantas exóticas, telas riquísimas; techo formado por telas plegadas, pieles de tigre y osos blancos, y lámpara india de pie. En el centro del foro, un gran arco y dos más pequeños a los dos lados de éste, separados los tres entre sí por columnas. Los arcos se cierran a su tiempo por medio de cortinas, para dar a la escena mayor intimidad. Tras de los arcos, y todo lo ancho del foro, practicable de cincuenta centímetros, y detrás de éste, otro de un metro, representando invernadero indio, exótico por las plantas que en él aparecen. Los muebles, en consonancia con toda la decoración, han de ser los siguientes: Un diván pequeño, cubierto por una alfombra persa. Una butaquita y un juego, compuesto de dos butaquitas y una mesita. Dos sillas o taburetes, puestos a los lados de ambas puertas laterales. Un juego de mesa y sillas doradas, y sobre la mesa un juego, también de oro, de cartera, pluma y tintero. Un estante con una figura de la diosa Kali, que alza en la diestra una antorcha, representada por lámparas azules, que han de ser encendidas a su tiempo. Pequeñas aras de sacrificio, donde arden llamas votivas, de luz azul, tras de las pantallas caladas. Lámpara de pie, con bombillas rojas. Araña suntuosa, que pende del techo. Alfombra lujosa, estilo y color del decorado.

ESCENA PRIMERA

CORONEL PARKER, CORA, DAMAS y CRIADOS

Parker Mientras su Alteza llega, yo voy a permitirme hacer a ustedes los honores de la casa. Las Bayaderas ejecutarán una de las danzas sagradas del Indostán.

Música

DANZA DE LAS BAYADERAS

Las sagradas danzas
de Indostán,
en honor de todos sonarán,
y es su son de pasión,
el rugido sordo del
volcán.

En sus bellos ritmos de placer,
suenan dulces besos
de mujer.
De Indostán,
de Indostán,
toda el alma aquí os
traerán.

Hablado

Cora (Con las seis señoritas que con ella bailan el número del pelele.) Este baile es sin duda, allá en el Ganges, el último grito de la moda. Pero ahora, yo quisiera dar a conocer a estas amables Bayaderas lo que se baila en París. Sólo que me falta pareja. Pero mi pareja será... este joven lánguido. (Va hacia una butaquita del foro, donde, en la graciosa actitud de indolencia conocida, está uno de esos muñecos de moda, hecho de terciopelo y seda, e inclinándose profundamente, le dice.) ¿Me hace usted el honor de bailar conmigo, caballero?

Música

CANCIÓN DEL MUÑECO

(Por la derecha salen cuatro señoritas, y otras cuatro por la izquierda.)

Cora La mujer que quiere disfrutar,
prefiere un pelele
para bailar,
porque le zarandea
sin descansar.
¡Así!
Le hace andar,
le agita sin cesar.
Le invita, le marea
para bailar,
le pone así, le quita,
le hace saltar.
¡Ay!
¡Qué pelele tan singular!

¡Pelele sin corazón,
igual que tú, los hombres
tontos son!
Peleles y nada más;
Observa bien y, si te fijas,
verás
Pelele, yo te elegí;
quiero hacerte el preferido,
pues tienes corazón de algodón
y en él no habrá traición...

Ellas Y en él no habrá traición...
¡Pelele sin corazón,
igual que tú, los hombres
tontos son!
Peleles y nada más;
observa bien y, si te fijas,
verás.

Cora Pelele, yo te elegí;
quiero hacerte el preferido,
pues tienes corazón de algodón
y en él no habrá traición...

(En este momento saca Cora su pareja de la concha, que será un bailarín de la compañía, vestido y caracterizado igual que los muñecos que sacan las artistas, cosidos a unos almohadones largos, y danza con él. En el baile, hacen todas mutis. Queda la escena sola.)

ESCENA II

EL PRÍNCIPE e IVETTE, por el foro

Hablado

Ivette (De improviso, como si despertase de un sueño.) ¿Qué se propone usted, amigo mío?

Príno. Hacer a usted los honores de mi casa. Rendirme ante la reina de la fiesta. Agradecerla el haber venido.

Ivette No crea usted que vine vencida. Vine... para vencer. Estaba ante el espejo de mi camerino, preparándome para marchar a mi casa, dejándole a usted burlado, cuando de improviso, pensé: ¿Creerá el Príncipe que le

tengo miedo? Y esta idea me decidió a aceptar el desafío.

Príne. (Incrédulo.) ¿Sí?

Ivette ¡Se habla tanto del misterioso poder que ejerce usted sobre las mujeres! ¡Oh! Ya sé que son historias del boulevard...

Príne. ¡Ivette! ¡Por favor!

Ivette ¿Le ha defraudado lo que acabo de decirle? Hiere su orgullo de conquistador.

Príne. No. Yo sólo pienso... que ha venido usted. Me conformo con ser dichoso; no pregunto el motivo.

Ivette Pues sepa usted que he venido por mi propia voluntad.

Príne. Porque ha querido usted venir. Siempre quiere la mujer lo que quiere el hombre a quien ama.

Ivette ¿Cómo? Pretende usted que yo... ¿Yo? ¿Yo enamorada? ¡Tiene gracia!

Príne. (Grave y serio.) ¡Ivette! Usted me quiere, a pesar suyo. Usted aceptó las rosas de amor y aspiró su perfume, que enloquece.

Ivette ¿Está usted seguro? ¿Muy seguro?

Príne. Sí. ¡Me querrá usted, y va a decírmelo ahora mismo!

Ivette (Burlona.) ¿De veras? ¿Y no me avergonzaré? ¿No sería mejor que se lo dijese por escrito?

Príne. Si yo lo deseo, también me lo escribirá usted.

Ivette Tiene usted una idea equivocada de lo que supone en Europa el amor de una mujer.

Príne. Yo fío solamente en mi voluntad, que es inmensa... y en mi amor, que es más grande aún. Cuando se quiere como yo, se hace uno amar sin querer. No hay amor sin otro amor.

Ivette Se convencerá usted de lo contrario. Acepto el reto. Si logra usted que yo escriba en un papel que le quiero... Si consigue usted eso...

Príne. Si lo consigo, ¿qué?

Ivette Me declararé vencida.

Príne. ¿Y si yo le dijese que cuando una mujer me escribe que me quiere, es fuerza que sea mía para siempre?

Ivette (Le tiende la mano.) También estoy dispuesta a eso, si lo consigue usted.

Príno. ¿Palabra?

Ivette ¡Palabra!

Música

Príno.
Tú, tú, tú, tú
toda mi vida llenaste de luz,
y en mis ensueños quisiera
que fueses mi Bayadera.

Los dos
Tú fuiste, { soñado querer, / soñada mujer,
mi extraña alucinación.
Tu amor, al nacer,
de ardiente placer
llena { de una mujer / sin yo querer
{ el corazón. / mi corazón.

Ivette
Queda hecho el pacto.
Mi palabra mantendré.

Príno.
Yo siempre fuí caballero;
aún puede usted volverse atrás.
El apostar es peligroso;
con el amor no hay que jugar.
Como la apuesta es arriesgada,
puede ocurrir
que acabe enamorada;
márchese usted,
el auto avisaré.

Ivette
¡Mil gracias!
No siento ese temor.
Me quedo aquí.
La fiesta es en mi honor.

Recitado

Ivette Y ahora, no olvide usted que estamos en una fiesta, y que he venido a divertirme. Suena el vals... Quiero bailarle.

Príno. ¿Un vals? ¿Qué es éso? En la India, mi patria, las danzas son poemas. Allá, en Benarés, con el baile expresamos dolor, alegría,

pasión, amargura... Las Bayaderas miman con el gesto lo que siente nuestro corazón. Allá, en Benarés...

Ivette Pues escuche usted. También el vals lo dice todo.

Príno. Siempre girar... Pasos y vueltas...

Ivette ¿Y qué sabe usted lo que en cada una de sus vueltas nos dice el vals?

Cantado

Ivette
Es el dulce vals
suave embeleso;
por eso, de un beso
nos trae rumor.
Es un adorable torbellino,
camino divino
que va al amor.
Tiene misterioso a los amantes,
con notas brillantes
de la ilusión.
Su emoción, tal vez,
sólo es frivolidad;
pero con él,
parece siempre la realidad.

Príno.
También el Ganges,
tiene la ilusión
de un vals de aquí;
también la soñará
quien ame allí.
Se baila así en Benarés...
Se quiere así en Benarés...
Se besa así en Benarés...
Y fuego el beso es.
También se quiere,
también se muere
de amor en Benarés.

—

Ivette
En las vueltas mil
de un vals galante,
brillante, tremante
y encantador,

siento la ilusión
de una caricia, soñada
delicia, del dulce amor.
Horas de ilusión
que traen locura,
ternura, dulzura,
loco placer...
sin querer late de amor
el corazón,
porque es el vals como un ensayo
de tentación.

Príno. Lejana estrella fué
la que mi amor a ti guió,
y aquello que soñé,
se realizó.
Se baila así en Benarés...
Se quiere así en Benarés...
Se besa así en Benarés...
Y fuego el beso es.
También se quiere,
también se muere
de amor en Benarés.

Los dos Se besa así en Benarés,
y fuego el beso es;
también se quiere,
también se muere
de amor en Benarés.

(Hacen mutis con la música por primera izquierda.)

ESCENA III

MARIETTA y LUIS FELIPE, por primera derecha

Marietta ¡Ay, Luis! Yo estoy embelesada. ¡Qué poesía la de este ambiente exótico! ¡Cómo despierta las ilusiones sentimentales!

Luis (Tras ella queda en la puerta contemplando el interior.) Sí, monina mía! ¿Y te has fijado qué maravilloso bufet? Oye, ¿de qué estarán hechos esos maravillosos sandwich de los redondelitos encarnados?

Marietta ¿No sientes una impresión extraña? ¿Algo así como un sueño de opio?

Luis (Sin dejar de mirar.) Juraría que tienen caviar de Rusia y puré de anchoas.

Marietta ¿Verdad que sin querer se queda una entusiasmada?

Luis Calla, que puede que no sea caviar, sino foiegrás con trufas.

Marietta ¡Ay, Luis Felipe, qué prosaico eres!

Luis Verás, Marietta. Todo hace falta. Si pensásemos igual, no podríamos estar siempre juntos. Por eso en París nos llaman...

Marietta ¡Lo sé! El chocolate con chantilly. ¡Qué rabia que seas fabricante de chocolate! ¿Por qué no te dedicaste a cazador de tigres, como el Príncipe?

Luis Monina, porque si todos los fabricantes de chocolates pensasen como tú y se dedicasen a la caza de tigres, ya ni habría modo de desayunar ni quedarían tigres.

Marietta Por el amor de una mujer se hace uno héroe, santo, mártir...

Luis Algo de todo eso tiene el que se casa.

Marietta Ya ves que un hombre ha hecho todo lo que yo te pido por agradarme.

Luis ¡Ah! Sí. El marqués del Macadán. Es tonto de remate.

Criado (Anunciando.) El señor marqués del Macadán.

Luis Ahí le tienes.

Marietta ¡Ah! ¡Ya está ahí! Tenme eso, haz el favor. (Le da presurosa y agitada los impertinentes.)

ESCENA IV

DICHOS y NAPOLEÓN (marqués del Macadán). Aparece por el foro con traje blanco de explorador y turbante

Napol ¿Eh? ¿Qué tal? ¡Señora!

Marietta ¡Magnífico!

Napol. Un poco estrecho me está el traje. Desde que no cazo..

Luis Te felicito. Tienes todo el tipo de Nansen el explorador.

Napol. ¿Te gusta mi traje de caza?

Luis Este verano pienso encargar uno así para ir

al campo. Si no le tiran a uno piedras los chicos debe resultar muy cómodo. Y ahora te dejo con Marietta para que se ría un poco la pobre. Contigo la puedo dejar sola tranquilamente.

Napol. Luis Felipe. Eso que acabas de decir... es suponerme...

Luis No es por ti, es por ella. Esta es una mujer que no engaña nunca a su marido. (Vase por la primera derecha.)

Napol. (Aparte.) Bueno, el Príncipe se quedó con mi petaca, pero me parece que éste se ha quedado conmigo.

Marietta Marqués...

Napol. Señora, hoy vengo resuelto a hablar claro.

Marietta ¿Eh?

Napol. Se acabaron las contemplaciones. Los cazadores de fieras somos decididos. Créame usted que en estos instantes el mundo me parece estrecho... (y el traje también).

Marietta ¡Oh, marqués! ¡Me asusta usted! Empieza usted a darme miedo.

Napol. ¿Miedo? Y eso que no me ha visto usted cazando tigres con este traje.

Marietta ¿Mató usted muchos?

Napol. Un par todos los días. ¡Ah! Si usted hubiera visto el último que maté.

Marietta ¿Cómo fué? ¿Cómo? Cuente usted.

Napol. Era una hermosa mañana de abril. Estaba en la selva virgen, y no había recorrido cien pasos, cuando saltó un tigre delante de mí. ¡Grrrall ¡Fuuú! ¡Afilándose las uñas!

Marietta ¡Qué horror!

Napol. Pero no vaya usted a figurarse que era un tigre así como así. Era un tigre tremendo, con unos lunares oscuros...

Marietta ¿Lunares? ¿Pero los tigres no son rayados?

Napol. No, señora. Ahora lo que llevan son lunares, las rayas han pasado de moda. Bueno, debo confesar que me quedé perplejo y el tigre también. Le mire; me miró. No le dije nada, no me dijo nada. ¡Qué momento tan angustioso! ¡Los monos subidos en los ár-

boles, daban gritos de horror! Las cotorras gritaban: «Guardias, socorro ¡que se matan!» Al cabo me decidí.

Marietta ¿Disparó usted su rifle?

Napol. No, señora. No pude. Me lo había dejado en el hotel.

Marietta ¡Qué horror! ¡Sin armas!

Napol. Para mayor desdicha, en aquel momento se hizo de noche.

Marietta ¡Espantoso!

Napol. Pero una noche cerrada, oscura como boca de lobo.

Marietta ¡Ah!

Napol. El tigre tenía hambre. Lo leía yo en sus ojos. En sus bigotes que temblaban de furor, en sus orejas que se movían impacientes.

Marietta ¿Y cómo veía usted todo eso siendo de noche?

Napol ¡Es que el tigre era de Bengala, señora! De pronto, abre la boca, yo le grito: ¡Alto! Pero no me oye. Se lanza sobre mí, le cojo de la garganta, se revuelve furioso, y...

Marietta (Con gran ansiedad.) ¿Y qué? ¡Qué! Continúe...

Napol. Se continuará cuando usted me dé la cita de amor, que hace tres años y un día espero.

Marietta Pero, ¿me deja usted así?

Napol. Lo mismo me deja usted a mí, señora. Acceda usted a la entrevista o se quedará sin saber lo que pasó.

Marietta ¡Marqués, es inútil! Yo soy una mujer...

Napol. Que no engaña a su marido, lo sé. (Tierno.) Pero lo que usted ignora es la dulce felicidad que proporciona una cita de amor en un sitio confortable, cuando hace frío y danzan fuera los copos de nieve. Es una sinfonía de colores. Están grises las nubes, están blancos los tejados Están rojas las brasas en la chimenea, están...

Marietta ¡Jamás consentiré!

Napol. (¡Están verdes!)

Música

DUETTO DE LA CITA DE AMOR. (Bailable ligero y moderno.)

Napol. Suena en el reloj
la hora divina de las seis,
ella nos espera ya.

Marietta ¿Dónde me citó,
que no recuerdo, como veis?
Es en el pequeño bar.

Napol. Hay nieve en los tejados
y hace un frío atroz,
pero el corazón
le siento arder.

Marietta Ven ilusión de amor.
Haga el favor, chofer,
dé usted más gas al motor.

Los dos Amable bar
del Bulevard,
hay algo en ti
que hace intimar.
Rincón encantador
donde entona el amor
madrigales
junto a un velador.
Se siente allí
un no sé qué,
se mira así,
se toma el te.
De seis a siete
ve para flirtear,
al bar amable
del Bulevard.

—

Marietta Hay en derredor
otras parejas que allí van,
llenas de impaciente
ardor.

Napol. Y en cada rincón
dos bocas dicen con afán
una estrofa del amor.

Marietta Muy suave en el piano
suena sin cesar,
la canción de moda
del trotuar.

Napol. Y todos los que hay allí
la cantan sin querer,
y la canción dice así:

Los dos Amable bar
del Bulevard,
hay algo en ti
que hace intimar.
Rincón encantador
donde entona el amor
madrigales
junto a un velador.
Se siente allí
un no sé qué,
se mira así,
se toma el te.
De seis a siete
ve para flirtear,
al bar amable
del Bulevard.

(Danzan y al terminar hacen mutis por la primera derecha.)

ESCENA V

Un CRIADO que anuncia, El PRÍNCIPE y el coronel PARKER. Cuando se indica, sale por el foro, NAPOLEÓN

Hablado

Criado (Desde el foro.) El coronel Parker. (El Príncipe sale poco antes, por la primera de la izquierda.)

Prínc. (Al Criado.) Que entre al momento. (Vase el Criado, para acompañar al coronel Parker, descorriendo la cortina del foro.) Adelante, coronel.

Parker (Saluda.) ¡Alteza! (Decidido.) Vengo a saber su resolución.

Prínc. Pues bien, amigo mío. Voy a satisfacer a todos. Al Príncipe reinante, a la Gran Bretaña y a usted.

Parker ¡Cómo! ¿Nos vamos al instante a la India?

Príno. No, coronel. Nos quedamos, pero me casaré. ¿Usted sabe si puede uno casarse de noche?

Parker Ciertamente, Alteza.

Príno. Pues bien. Yo voy a casarme esta misma noche. Tenga la bondad de sentarse y escúcheme.

Parker Gracias, Alteza. Estoy demasiado nervioso.

Príno. Siéntese que le va a hacer falta.

Parker ¡Ah! (Demostrando que no.)

Príno. Yo me voy a casar esta noche en París con una europea. Es la artista Ivette Darimond.

Parker ¡Ivette!

Príno. Sí, coronel.

Parker Alteza. Yo conozco las costumbres excepcionales de vuestra patria en asuntos de amor. Pero seguramente Vuestra Alteza, no conoce bien las costumbres europeas y se figura que es posible obrar así.

Príno. Vosotros los europeos pensáis mucho las cosas ante de casaros, y una vez hecho el matrimonio, os divorciáis en seguida. Los indios, en cambio, nos casamos aprisa y no nos divorciamos jamás.

Parker Pero es que ignoráis, Alteza, que Ivette no es un artista cualquiera.

Príno. Coronel, ¿sería usted tan amable que buscase a esa señorita en el salón y la condujese aquí? Entre tanto yo me vestiré mi traje de boda. Pero no la descubra usted a ella mis propósitos.

Parker Alteza. Lo que pretendéis es una locura poco común. Bien mirado sería una solución, y como Inglaterra lo quiere, yo... os obedezco. Ahora bien, debo advertir a Vuestra Alteza que como la boda habría de celebrarse aquí, en el palacio, necesitáis dos testigos que os conozcan desde la India.

Príno. ¡Demonio! ¡No había pensado en ello! Dos testigos que me hayan conocido y tratado en la India.

Parker Uno, puedo serlo yo. El otro...

Príno. El otro... (Viendo a Napoleón asomado a las cortinas del foro.) ¡El otro ya le buscaré!

Parker ¡Perfectamente!

Príno. Ahora, amigo mío, dese usted prisa; el tiempo pasa.

Parker Alteza... (Saludando. Al mutis.) (En cuanto telegrafíe al Ministro de Negocios Extranjeros, van a saltar de gozo en Londres. (Vase primera izquierda.)

Príno. (Entra Napoleón.) ¡El de las presentaciones! Caballero...

Napol. ¡Qué amable está!

Príno. ¿Usted ha estado en la India?

Napol. Sí, Alteza. Es decir... estar... tanto como estar...

Príno. Yo hace quince años que salí de mi patria.

Napol. (¡Acabáramos! En quince años, la India habrá cambiado mucho.) ¡Ah! Pues si fuese usted ahora, no conocía aquello.

Príno. Verdaderamente. Pues yo deseaba pedir a usted un favor.

Napol. Príncipe...

Príno. ¿Tendría usted inconveniente en decir a todo el mundo que somos amigos de la infancia, que nos hemos tratado con gran intimidad allá en la India?

Napol. Que si tendría inconveniente... (Loco de alegría.) (¡Pero si este Príncipe es adivinador del pensamiento!)

Príno. Podemos decir que hemos vivido juntos varias temporadas en el Indostán.

Napol. ¡Claro que lo diré!

Príno. Que hemos cazado tigres...

Napol. (Gritando.) ¡Tigres! ¡Hemos cazado tigres!... (¡Por qué no vendrá ahora Marietta!)

Príno. Que hemos cazado elefantes...

Napol. Elefantes... También elefantes... ¡Ya lo creo! ¡Y qué elefantes! Me acuerdo de un elefante viejo, con toda la barba... digo, con la trompa.

Príno. Pero todo esto ha de repetirlo usted constantemente, demostrando que me trata con gran intimidad y confianza.

Napol. ¡Confianza! ¿Confianza yo con su... digo, con tu Alteza? ¡Pues no faltaba más! (Dándole una palmada.) Vaya, hombre, lo que quieras. No tienes más que mandar, Príncipe.

Príne. De esta amistad habrá que dar testimonio delante de todos y del funcionario oficial que yo designe.

Napol. Y ante el Nuncio, si es preciso. Vamos, ante quien sea. Yo, en cambio, voy a solicitar otro favor de tu Alteza.

Príne. Tendré mucho gusto.

Napol. Desde hace tres años, estoy enamorando a una mujer. ¿Cómo la conseguiría?

Príne. Casándose con ella.

Napol. Ya lo creo que me casaría. Pero no puede ser. Está casada.

Príne. ¡Ah! ¿Quiere usted a una mujer casada con otro?

Napol. No es eso precisamente. Es el otro el que se ha casado con la mujer que quiero yo. Pero ella es coqueta, como todas, y yo quisiera que usted, que como buen indiano tendrá secretos y recursos raros, me diera uno para conquistarla.

Príne. Es muy sencillo.

Napol. ¿De veras?

Príne. Cuando esté usted a solas con ella, fija usted en sus ojos una mirada profunda, larga, interminable...

Napol. ¿Así?

Príne. Eso es; así.

Napol. ¿Y luego?

Príne. Luego concentra usted toda su voluntad y todos sus deseos en esa mirada...

Napol. ¡Caramba! Ya me estoy poniendo nervioso.

Príne. Después, dulcemente, la coge usted una mano, la estrecha con pasión...

Napol. (Cogiendo la mano del Príncipe.) La estrecho...

Príne. A continuación la atrae usted y hace que descanse su cabeza sobre el corazón...

Napol. Sí, sí. (Reclina la cabeza en el pecho del Príncipe.)

Príne. Y en seguida, rápido, le da usted un beso.

Napol. ¡Maravilloso!

Príne. Si ella aguanta todo eso sin protestar, puede usted estar seguro de que le quiere.

Napol. ¡Ah! ¡Gracias, gracias!

Príne. Y ahora, dejo a usted. Y ya sabe. Somos antiguos amigos, íntimos amigos.

Napol. La verdad es que no sé cómo pagarle... ¡Ah! Príncipe, ¿tiene usted un cigarrillo?

Príno. No. He dejado olvidada por ahí la petaca. (Vase primera izquierda.)

Napol. No me la devuelve ni a tiros. Nada, que ha tomado cariño a la petaca. Pero bien vale la petaca y algo más su amistad y la receta que me ha dado. No se me olvidará, no. «Se la mira a los ojos, se la coge la mano, se apoya la cabeza y ¡zas! Se la suelta un beso.

ESCENA VI

NAPOLEÓN y MARIETTA, por primera derecha

Marietta ¿Pero qué hace usted que no baila, marqués? Acaban de tocar el tercer fox-trot de la noche.

Napol. Perdón, Marietta (Dándose importancia.) Estaba aquí cambiando impresiones con mi amigo Dakarite.

Marietta ¿Dakarite?

Napol. El Príncipe. Como somos amigos, estábamos recordando nuestros tiempos de la India, cuando cazábamos tigres, elefantes, hipopótamos, boas, manguitos... digo, cocodrilos.

Marietta ¿Ah, sí?

Napol. Después, como no tengo secretos para él, le hice confidente de mi amor por usted.

Marietta ¿Y qué dice, qué dice?

Napol. Me contestó: Si esa mujer no es tonta de la cabeza, debe amar con locura a un valiente como tú.

Marietta ¿Eso dijo?

Napol. Y me dió algo que la enajenará a usted antes de un cuarto de hora.

Marietta ¿Un amuleto indio?

Napol. Sí, señora. Un amuleto y un consejo para sugestionarla. Conque ya lo sabe usted, amiga mía. Llegó el momento de poner fin a esta broma. ¡Estamos en el instante definitivo de nuestra existencia!

Marietta ¡Me da usted miedo!

Napol. ¡Mucho cuidado, Marietta! Voy a mirar a usted a los ojos, profunda y tiernamente. ¡Así! (Lo hace.)

Marietta ¡Ay! ¡No bizque usted!

Napol. Más formalidad, ¿eh? Más formalidad, que esto es grave. Ahora voy a concentrar mi poderosa voluntad.

Marietta ¡Napoleón!

Napol. Quieta, que estoy concentrando. ¿Qué siente usted?

Marietta (Como hipnotizada.) ¡Ay! ¡No sé!... Algo extraño, indefinido...

Napol. Deme usted su mano. Recline su cabeza encantadora sobre mi corazón. Y ahora, quieta, muy quieta, que voy a concentrar... (La besa largamente, con mucho ardor. Pausa. Nuevo beso. Ella se deja besar.) ¡Marietta!

Marietta (Soñadora.) Napoleón. Siga... Siga usted concentrando.

Napol. (La da otro beso.) ¿Qué siente usted?

Marietta Es asombroso lo que siento. Me parecía que estaba en Bombay.

Napol. No, Marietta; se está mejor que en Bombay.

Marietta ¡Oh, Napoleón! ¡Qué dulce es amar!

Napol. Supongo que, por fin, se decidirá usted a olvidar a Luis Felipe, para pensar en Napoleón.

Marietta ¡Oh, sí! ¡Lo juro! Muy pronto. En cuanto mi marido consienta.

Napol. ¿Eh? ¿Pero va usted a pedirle permiso para eso a su marido? Esas cosas hay que hacerlas misteriosamente.

Marietta No, marqués. Nada de tapujos. No olvide usted que yo soy una mujer que no engaña a su marido. (Va a la derecha, primer término, y llama.) ¡Luis Felipe! ¡Ven pronto, que es urgente!

Napol. (Horrorizado.) ¡Nada! ¡Que se lo dice!

Marietta ¡Claro que se lo digo! Como que si no se lo dijese, éste no se enteraría nunca. Al fin y al cabo, es mi marido.

ESCENA VII

DICHOS y LUIS FELIPE

Luis (Saliendo.) ¡Hola, monina! ¿Qué? ¿Qué hay? ¿Has bailado mucho?

Marietta No se trata de baile, sino de algo más grave. Casi un drama.

Luis ¡Grave! ¡Me asustas! ¿Es que hay huelga de cocineros?

Marietta Queridísimo Luis Felipe. Tú habrás notado que, en estos últimos tiempos, nuestras almas no se comprenden.

Luis ¡Mujer, deja en paz las almas! Con tal de que nos entendamos nosotros.

Marietta Yo siento causarte esta pena; pero soy leal, ante todo. El marqués, Napoleón del Macadán, ha logrado lo que tú no conseguistes; conmover mi corazón con las emociones que yo anhelaba. Es un hombre encantador, es un héroe.

Napol. (¡Y dentro de poco va a ser un lisiado!)

Marietta En una palabra. Como la ley nos favorece, nosotros pediremos el divorcio, y el marqués tendrá el honor de pedirte mi mano.

Napol. Que yo le pida... (¡La primera va a ser en la cabeza!)

Marietta ¿No es ésto lo convenido, marqués?

Napol. Sí. Yo... En principio, claro es.. No vaya usted a creer que yo... (Nada, que el remedio indio ha sido asombroso. Está anestesiada.)

Luis (Después de una pausa. Avanza lentamente hasta Napoleón.) ¡Napoleón! (Se lleva la mano al bolsillo del pantalón.)

Napol. (Aterrado, adelanta las manos.) ¡Luis Felipe! ¿Qué vas a hacer?

Luis (Sacando la petaca.) ¡Ofrecerte un cigarrillo!

Napol. (Rápidamente, se tranquiliza.) ¡Eres un hombre generoso! (Coge la petaca y de ella un pitillo.) Mira, si yo fuese un príncipe, ahora me quedaba con la petaca. (Se la devuelve.)

Marietta Entonces, ¿cuándo nos divorciamos?

Luis En seguida. Me habéis dado la noticia tan de pronto, que... la verdad, me ha sorprendido ligeramente... Pero yo soy un hombre moderno. A mi edad, ahora los hombres somos muy modernos.

Napol. Te advierto que yo ..

Luis Si es para hablarme de tu edad... allá nos vamos. Pero, en fin... Esto tenía que suceder. (Conforme habla Luis Felipe, comienza a iniciarse un sentimiento de curiosidad y admiración en Marietta, que le contempla cada vez más curiosa. Así como antes no se ocupaba de Luis Felipe para nada, por pensar en Napoleón, ahora se opera en ella el fenómeno contrario. No hace caso de Napoleón, y toda su atención es para Luis Felipe.) Nuestra unión era muy desigual, y a nuestra edad, los hombres no servimos más que para ser amantes.

Napol. (Aparte.) ¡Demonio!

Luis En los matrimonios desiguales, sucede lo que en el tren. No se puede uno hacer la ilusión de que va a hacer el viaje solo. Hay que contar siempre con que suba un tercero. Napoleón, sé con ella galante y hazla dichosa. No tiene cabeza; pero es una porcelanita de Sevres. Y sobre todo, es leal. ¡No engaña a su marido!

Marietta (Entusiasmada, le echa los brazos al cuello.) ¡Luis Felipe! ¡Eres noble y grande! Déjame que te dé un beso... Mil besos. (A Napoleón.) Tenme un instante los impertinentes.

Napol. Sí, monina. (La cosa es lógica, hasta cierto punto.)

Luis Eres encantadora. ¿Me permites, Napoleón? Como despedida... (Se besan.)

Napol. (Aparte.) Bien mirado, es su marido... Pero... ¡caramba! Ahora, que yo... yo... todavía no soy... Es... es una situación nueva para mí, claro.

Marietta ¡Qué cosa tan extraña! Ahora que nos vamos a divorciar, me pareces más amable, más guapo, más... ¡otro beso! (Dándole el abanico a Napoleón.) Tenme el abanico, Napoleón.

Napol. (Haciendo de tripas corazón.) Sí, monina.

Luis ¿Permites otra vez?

Napol. Sí, hijo. (Aparte.) Nada. Es una situación nueva. Yo soy ya el... Pero todavía no soy el .. ¡Es nuevo, es nuevo!

Marietta Lo que me preocupa ahora, es saber qué vas a hacer, qué va a ser de ti.

Luis No te apures, mujer. Me haré la ilusión de que estoy otra vez soltero. Me pondré a régimen, recuperaré mi tipo, me vestiré con elegancia, me pondré un monóculo, que es muy distinguido... Mira, tú ya no lo necesitas. (A Napoleón.) Dámelo. (Le quita el monóculo.) Yo, en cambio, te daré la última factura del joyero. No está pagada todavía. Eso ya es cosa tuya.

Napol. (Poniéndose muy triste.) Sí, monina... Digo... Sí, Luis Felipe...

Luis Y ahora... ¡A ser felices los tres!

Marietta (Muy triste.) ¡A ser felices!

Napol. (Lo mismo.) ¡A ser felices!

Música

Luis
Marietta es una alhaja,
que va a hacerte muy feliz.

Napol.
¿Qué me vas a relatar?
¿Qué me vas a referir?

Luis
Marietta es una perla,
que no gasta en el vestir...
no tienes más que verla...
nunca quiere presumir.
Si besa a su marido,
a su oído
dice así:
No hay nadie como ves,
con más desinterés.

Marietta
Rico, monín,
has de comprarme un renard,
un landolet
nuevo modelo
Packard.
Una fourrur de cibelina
o visón,
para probar tu pasión.

Ya tú ves, ya tú ves,
que en mí no habla
el interés.
Y despues, que mi deseo
es ahorrar,
para el hotel
que me pensabas comprar.

Napol. Oye, mi amor,
¿no tienes que pedir más?
¡Preciosa!

Luis / **Marietta** Puedes comprar { la / me } un collar.

Napol. Felipe de mi alma,
yo comprendo la estorsión;
pero venzo sin querer,
porque soy Napoleón.

Luis Yo salto fuera
y quedo aquí.

Napol. Ya hay hueco
para mí.

Luis Te doy mi enhorabuena,
por la buena solución;
y no he de ver con pena,
que te canten la canción.
No hay otra como ves,
con más desinterés.

Marietta Rico, monín,
has de comprarme un renard,
y un landolet
nuevo modelo
Packard.
Una fourrur de cibelina
o visón,
para probar tu pasión.
Ya tú ves, ya tú ves,
que en mí no habla
el interés.
Y después, que mi deseo
es ahorrar,
para el hotel
que me pensabas comprar.

Napol. Oye, mi amor,
¿no tienes que pedir más?
¡Preciosa!

Marietta / **Luis** Puedes comprar { me / la
un collar.

(Bailan, y al final vanse por la primera derecha.)

ESCENA VIII

El PRÍNCIPE y un AYUDANTE

Hablado

Prínc. (Viste un magnífico traje indio, de seda blanca, muy vistoso, pantalón de seda azul verde con galón de oro, perlas en el cuello, en el traje y en el casco. Cinturón con colgantes y calzas de oro también. En el estreno el traje era de tisú de plata con turbante de lo mismo y una aigrete de plumas oscuras sujeta por un broche de brillantes.) (Al Ayudante.) ¿Se han cumplido mis órdenes? ¿Está todo dispuesto?

Ayud. Todo se hizo como ordenasteis. Yo, señor, seré oficiante en la ceremonia de la boda.

Prínc. Bien...

Ayud. Siwa os ilumine. (Mutis del Ayudante. Se apagan las luces blancas, quedando la estancia al cerrar las cortinas sólo con las luces azules y rojas, con un aspecto de misteriosa intimidad.)

ESCENA IX

El PRÍNCIPE y el CORONEL PARKER

Prínc. (Que está aguardando impaciente, pregunta al Coronel al entrar.) ¡Ah! Por fin, coronel... ¿Le ha hablado usted? ¿Viene ya?

Parker (Seco.) ¡No!

Prínc. ¿Cómo que no? ¿Pero no está en el salón?

Parker En este momento sale de esta casa para tomar su coche... Ya os lo advertí. ¡En Euro-

pa, no es así como se consigue el amor de una mujer!

Príno. ¡En todo el mundo! ¡En toda la tierra, sólo hay un modo de obtener el amor! Amar con pasión loca, con frenesí... ¡Y así quiero yo!

Parker Ella, lo ignora tal vez...

Príno Lo sabrá.. ¡Quiero que lo sepa! Mi voluntad tendrá garras de acero para retenerla aquí... Dice usted que se va... ¡Pues si se marcha volverá!... ¡Lo quiero! ¡Kali, diosa divina del amor, ayúdame! En tus altares, si tú me concedes su amor, pondré todas las flores de mis jardines, sacrificaré todas las palomas que cruzan los cielos de mis estados..., fundiré todas las perlas de mis tesoros... Haz que vuelva, divina diosa del amor... ¡Qué vuelva, que vuelva! (Cae de rodillas ante la diosa Kali que hay en escena.)

Parker Calmaos...

Príno. ¿No viene aún?...

Parker No.. Alteza...

Príno. Vendrá.. Siento sus pasos aquí en mi corazón... Aspiro su perfume... ¡Viene, coronel, viene! Déjeme usted solo.

Parker No viene.. ¡No vendrá!

Príno. ¡Sí! Sí... Estoy seguro... No podría sentirme tan dichoso si ella no estuviese ya cerca de mí, más hermosa que nunca... ¡Es-ella! ¡Ella! ¡Déjeme, coronel!

Parker ¡Alteza! (Sale.)

Príno. ¡Vendrá! ¡Lo quiero! Lo quiero... Sí... Está cerca de mí... La siento, la adivino... me envuelve su perfume...

ESCENA X

PRÍNCIPE e IVETTE, que entra.

Ivette ¿Me esperaba usted, Príncipe?

Príno. ¡Ivette! ¡Ivette! (Con transporte.) ¡Por fin! (La coge ambas manos.)

Ivette (Mirando en torno de sí.) ¡Admirable! Delicioso

decorado para la gran escena de la seducción... Le felicito por su buen gusto.

Príne. Ivette. . ¿Por qué sale de sus labios una burla que no siente su corazón? Ha vuelto usted cuando partía y ha vuelto para hacerme feliz... Usted quiso abandonar esta casa hace unos instantes y... no pudo... La retenía mi amor.

Ivette (Vacilante) No; por Dios... Déjeme usted... Quiero salir de aquí... Quiero marcharme...

Príne. No, divina Ivette .. Mi amor te sujeta... ¡Ahora eres mía! ¡Mía!... Estás dentro de mi alma... Coge en tus manos como palomas, esas rosas y cierra los ojos y aspira su perfume de locura. Ellas te dirán que eso que sientes es la ilusión... ¡Que me quieres! Que has vuelto aquí sugestionada, vencida... enamorada...

Ivette Sí, sí... Pero, por piedad... ¡Déjeme!

Príne. Y adivinando mi pasión, traes oculto bajo el abrigo el traje de bayadera... ¿Y lo has hecho para enloquecerme aún más?

Ivette Sí... Pensé enamorarle... Quería emplear todos los medios de seducción, todas las artes de la coquetería...

Príne. Eso es que me quieres... sí... me quieres...

Ivette Calle usted, calle usted, por Dios...

Príne. Llámame tu amor... Dime desde cuándo compartes mi locura... Desde cuándo sientes lo que yo siento... ¿Fué anoche en el teatro? ¿Ha sido aquí? ¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo?

Ivette Desde que le vi...

Príne. No, que te vi...

Ivette Desde la primera vez...

Príne. ¿Y por qué, dime, por qué queriéndome me huías?

Ivette ¡Por amor!

Música

Príne. (Sobre la música.) Las mujeres en Europa tenéis un modo extraño de querer. Me hacías sufrir porque me querías. ¡Eso es cruel!

Ivette No. Eso es... muy de mujer.

Cantado

(Dúo, preparación en el que ella escribe en un papel su amor. Se quita ella su abrigo, quedando en traje de bayadera, y canta el gran dúo, «¡Oh, bayadera!» que enlaza con el final segundo.)

Ivette Es que nosotras, al hombre que amamos,
en torturarle, sin cesar, gozamos.
Princ. Entonces, ¿me quieres?
Ivette ¡Tuyo es mi amor!
Princ. ¡Amor mío!
Ivette ¡Amor mío!
Princ. Pues si es verdad, escribe en el papel,
que para mí, tu amor es fiel.
Ivette (Escribiendo.)
Hoy para ti, mi amor es fiel.
Princ. ¡Escribe así!
¡Tú, tú, tú, tú
toda mi vida
llenaste de luz!
Ivette Hice por fin, lo que ansías,
lo que en tus sueños veías.
Princ. Y dime que sueñas con ser
mía, mi ardiente querer,
mi loco placer.
Ivette Tu loco placer.
Princ. Que amor te fascinó.
Ivette Me fascinó.

Hablado

Princ. ¡Gracias!... ¡Mía!... ¡Eres mía!... ¡Soñé con verte ante mí sólo!... Sin que te profanaran las miradas de nadie!... ¡Y estás aquí!... ¡Mi bayadera!

Cantado

Ivette ¡Su bayadera!
Princ. Tus besos de pasión,
son el supremo bien.
¡Oh, bayadera!... ¡Ven... Ven... Ven!...

Ven... Sígueme a aquel país
de nardos y palmeras.
Ven, vamos buscando allí,
del sueño las quimeras.
Oirás el eco embriagador
de un canto seductor...
¡Ven!... ¡Ven!.. que un trono se alza allí,
de perlas para ti.

—

Ivette Como los luceros,
brilla tu mirar,
y al contemplar
tus labios, muero...
¡Amor mío!.. ¡Mi boca ven a besar!
Sólo tú has vencido
con tu voluntad.
Tenme piedad,
dime al oído,
que tu amor durará... una eternidad.

Princ. Ven .. Sígueme a aquel país
de nardos y palmeras.
Ven, vamos buscando allí,
del sueño las quimeras.

Ivette Oiré yo el eco embriagador
de un canto seductor...

Princ. ¡Ven!... ¡Ven!... que un trono se alza allí

Los dos de perlas para { ti. / mí. }

Ivette Como los luceros,
brilla tu mirar,
y al contemplar
tus labios, muero...
¡Amor mío!.. ¡Mi boca ven a besar!
Sólo tú has vencido
con tu voluntad.
Tenme piedad,
dime al oído,
que tu amor durará... una eternidad.

Baile

Los dos Como los luceros,
brilla tu mirar,
y al contemplar
tus labios, muero...
¡Amor mío!... ¡Mi boca ven a besar!
(Mutis por primera izquierda.)

ESCENA FINAL

MARIETTA, CORA, ARMANDA, PARKER, NAPOLEÓN, LUIS FELIPE, PIMPINEL, TREBISONDA, DERVA y CORO GENERAL. Cuando se indique, IVETTE y el PRÍNCIPE. Todos salen a escena por distintos sitios.

Hablado

Parker Sí, señoras. El Príncipe va a contraer matrimonio. Van ustedes a presenciar una escena nueva.

Cora ¡Qué suerte, una boda a la India!

Marietta Pero, ¿de veras se casa el Príncipe? ¿Oye usted, Napoleón? Se casa el Príncipe.

Napol. No lo he de saber.. Acaba de suplicarme que sea testigo de la boda. ¡Como somos tan amigos!.

Marietta Cuando esto se sepa en París, qué envidia nos van a tener..

Cora Pero, ¿con quién se casa? ¿Quién es ella?

Parker ¡Ella! Paciencia, que pronto saldrán ustedes de dudas.

(CUADRO)

Conjunto Príncipe real... ¡Honor!
Tus pasos los guía el amor.
Seductor final
del amor encantador
sentimental.
(Entra Ivette rodeada del grupo de las bayaderas. Una especie de velo le cubre el rostro. Dos bayaderas se

acercan y la desprenden el velo que, al soltarse, queda colgando sobre la espalda. Gran exclamación de asombro al verla.)

Todos ¡Es Ivette, la Darimond!

(En el centro se habrán colocado, Derva y una esclava negra que lleva un almohadón de seda azul. Sobre el almohadón, una cinta de seda color fresa o lila, de diez centímetros de ancha por setenta centímetros de larga. Delante de Ivette ha salido el PRÍNCIPE, que se coloca al lado de Lord Parker. Al mismo tiempo, salen Marietta, Cora, Napoleón, Luis Felipe, Trebisonda y Pimpinel.)

Derva (En el centro de la escena y dirigiéndose a Ivette.)
Responde si a tu esposo aceptas.
Si es el que anhela tu ilusión.

Ivette (Lleva en las manos el manojo de rosas, y canta dirigiéndose a las flores, sin levantar la vista del ramo.)
Rosas prodigiosas
de la selva de Djeipur,
lindas rosas.
fuisteis de mi amor augur.
Sois beso ardiente,
sobre mi frente;
fuego de amores, en mi corazón.
Sois en mi amor de mujer
una fascinación,
y al fin va a vencer
la extraña sugestión.
Magia de amores,
senda de flores,
bello camino,
suave como el amor,
lleno de resplandor.
Es primavera,
mi alma toda está hoy en flor.

Príno. ¡Oh! Divina mujer,
flor de placer
y de fascinación.
Amada rosa de tentación,
rosa soñada de mi ilusión.
Sea un ardiente
beso en tu frente
fuego de amores en mi corazón.
Rosas prodigiosas
de la selva de Djeipur,

lindas rosas,
de mi vida sois augur.
Divinas rosas,
rojas y bellas,
sois mariposas
y sois estrellas,
y al fin lográis vencer
a un alma de mujer.
¡Mía, al fin, hoy va a ser!

Parker

Inglaterra
por las rosas
va a triunfar en mar y tierra.
Rosas prodigiosas
de la selva de Djeipur,
maravillosas,
bellas rosas, bellas rosas,
bellas rosas de Djeipur.
Voy a vencer.
Inglaterra está servida.
Sin una guerra
héroe me puedo hacer.
¡Dios salve a Inglaterra!

Cora, Marietta, Armanda, Napoleón, Trebisonda y conjunto

Rosas de Djeipur,
de extraño poder,
de una hermosa mujer
en amor sois augur.
Fuego de amores
en su alma ya empieza a arder.
Rosas prodigiosas
de la selva de Djeipur
¡Ah!
de su vida sois augur,
rosas de la ilusión.
Magia hermosa, luz de poesía,
sois alegría, placer,
ilusión de mujer.

(Se han colocado en el centro: detrás Derva y los criados indios; a ambos lados, las bayaderas, y en los primeros términos, a la izquierda, Marietta y Luis Felipe;

a la derecha, Cora, Pimpinel y Trebisonda; junto a Lord Parker y, llamado por éste, Napoleón. Lord Parker le explica por señas que va a ser testigo de la ceremonia. Derva, con gran solemnidad, coge las manos cerradas de Ivette y el Príncipe y las une. En seguida toma la cinta de seda, que estará encima del almohadón, y la coloca sobre las manos.)

Derva Daos las manos así.
Lazos de amor
hoy os van a unir.

Todos (Contemplando, curiosos, la ceremonia.)
¡Ivette está hipnotizada!
¡Su Alteza vence sin luchar!

Derva En nombre de los dioses
su fresca boca has de besar.

Todos En nombre de los dioses
ahora, su boca, va a besar.

Príne. (Que habrá estado disfrutando del asombro de todos.)
¡Las mieles de tus labios
con loco amor voy a gustar!
(Acerca su rostro al de Ivette y ésta parece que va a recibir el beso, pero, de repente, retira la mano, se aparta y deja caer al suelo la cinta.)

Ivette ¡Deténgase!... ¡Ni un paso más!...
La broma un poco lejos fué...
No acepto yo... ¡Atrás!... ¡Atrás!...
Como los luceros
brilla su mirar,
pero, aunque amor jurar quisieron,
no me pudieron,
traidores, engañar.

Príne. (Como si despertara de un sueño.)
¡Ivette!

Ivette (Sonriendo, irónica y burlona.)
Me creyó vencida
y es un gran error.
Yo quiero ser toda mi vida
libre y mujer,
no esclava de amor.

Príne. (Desesperado.)
¡Ivette!

Todos ¡Era ficción!... Le engañó la ilusión.

Ivette (Volviéndose a todos.)
Suya fué la provocación.
Yo, el desafío acepté.

Todos Siempre en amores vencerá la mujer.

Ivette (Dirigiéndose a un lado y a otro.)
Yo prometí esclava suya ser
si una carta mía conseguía
donde dijese que le quería.
(El Príncipe, que había olvidado la carta, al oírla, se acuerda, y saca la carta del bolsillo.)

Princ. (Con aire triunfador.)
Véala aquí. ¡Esta es su carta, señora!...
Usted escribió que me adoraba.

Ivette ¡Jamás podrá ninguno sospechar
lo poco que nos cuesta el engañar!...
(Con aire burlón.)
Príncipe, ¡perdón!
pero al dictado yo no sé escribir.

Princ. (Besando la carta.)
Aquí juró ser para mí
y yo, dichoso, la creí...

Ivette (Siempre burlona.)
Príncipe, perdón,
si al escribir la frase, equivoqué.
Lo siento... Hay que leer
para salir de dudas de una vez.
(Hablado.) ¡Lea!.. Lea usted. (El Príncipe la tiende la carta cerrada, pero Ivette, siempre sonriente, insiste para que la lea.) ¡Léala!.. ¡Léala!..

Princ. (Algo desconcertado vacila, pero, al fin abre la carta y lee.)
«Sé fingir que me enamoro,
miento celos y desvío;
cuando quiero llorar, lloro;
cuando quiero reír, río...»

Ivette (Coge la carta y sigue leyendo.)
«Príncipe, para ganar
el amor de una mujer
no basta saber mandar,
es preciso obedecer.
(Al terminar de leer hace una graciosa reverencia ante el Príncipe. Este, furioso, coge con rabia la carta, arrancándosela de la mano, pero al ver a Lord Parker, que le mira severo, se domina y deja caer la carta, como si le asustara conservarla.)

Princ. Entonces, fué mentira...
¡Todo fué ficción!

Ivette (Burlona y haciendo graciosas reverencias.)
Cierto, Alteza Serenísima.
Príncipe Una burla a mi pasión.
Ivette (Irónica.)
Una burla inocentísima...
Príncipe (Fingiendo indiferencia y aplaudiéndola.)
¡Bravísimo!
No es fácil representar...
Ivette Al contrario, es facilísimo.
Príncipe Eran falsos su mirar,
su pasión y su querer.
Finge usted con tal verdad
que la mentira hace creer.
No hay mujer
que pueda a usted igualar.

Hablado

Ivette (Al verle aplaudirla, cambia de expresión.) Se equivoca usted. Para representar el papel, que yo he representado, no hace falta ser artista.. Con ser mujer, sobra... Y ahora dejo a ustedes... Es tarde ya .. ¡Mi abrigo! (Dirigiéndose a los criados. El criado la coloca el abrigo sobre los hombros. Ivette se dirige al lugar donde está el Príncipe y se coloca un poco detrás de él.) La artista abandona el palacio del Príncipe, donde ha hecho su oficio... Fingir... Como en escena...

Cantado.

Somos estrellas, que saben lucir
sobre la escena con falso fulgor...
Príncipe (Sonriendo tristemente.)
Para fingir loco amor...
Ivette Para sollozar... y después, reír...
Ivette / **Todos** Somos estrellas de extraño fulgor,
sólo en la noche podemos brillar.

Príne. (Imitándola, irónico)
Vaya al despacho, señor,
si quiere usted entrar
para presenciar...

Ivette
Todos
De doce a dos, cómo muero de amor
junto al apuntador
¡y ante el que es mi señor!...

(Señalando al público. Al terminar la frase, con un gran arranque, recoge uñ extremo del abrigo contra el cuerpo, y después de mirar, orgullosa, al Príncipe, dirígese rápidamente al foro. Desde allí vuelve a mirarle, altiva, y sale. El Príncipe da un paso hacia ella, pero al verla, la mira también con altivez. Lord Parker le coge por un brazo.)

Príne. El fin llegó de la historia
del amor de una mujer.

Hablado

Príne. Señores... Esto no vale la pena... Bebamos una copa de champagne... (La esclava negra le ofrece dos copas de champagne, que el Príncipe coge una en cada mano.)

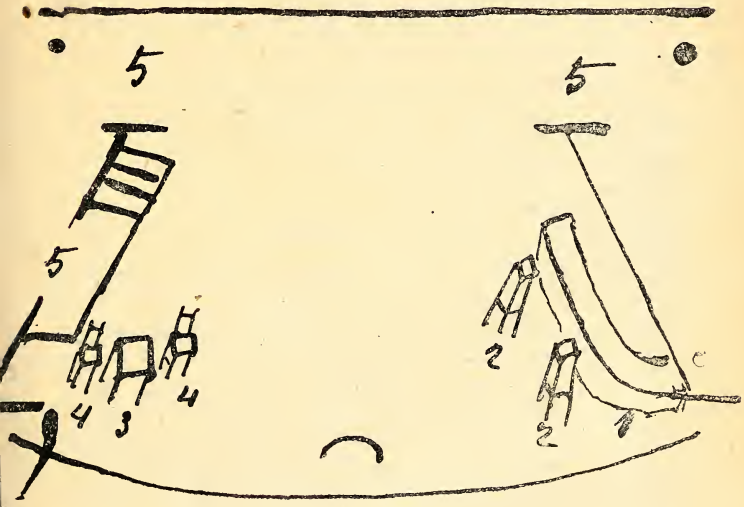
Cantando

Príne.
El champán, champán,
alienta la pasión
y da placer
a nuestro corazón.
Las blancas perlas de Ceilán
junto a él
nada son,
que es espuma de champán
nuestra ilusión.

Todos
Las blancas perlas de Ceilán
junto a él nada son,
que es espuma de champán
la pasión.

(Todos cantan y bailan. En el momento que lo marca la orquesta, mientras bailan todos, el Príncipe, que bebe sorbos de las dos copas, alternándolas, se siente acometido de una furia salvaje y vierte las dos copas a su alrededor, haciendo un gran círculo en el suelo. Inmediatamente siente una pequeña vacilación. Lord Parker, que le sigue con la mirada, observándole siempre, corre a él queriendo sostenerle por la cintura. El Príncipe se domina. Da una patada en el suelo y se cruza de brazos, sereno y altivo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

1.—Mostrador.
2.—Taburetes.
3.—Mesa.
4.—Sillas.
5.—Puertas.

El Bar de un gran Hotel de París. Decorado elegante y llamativo, pero de buen gusto. Al foro puerta grande con escalones, por la que se sube al vestíbulo del hotel, vivamente iluminado. En el primer término derecha, mesa de bar con centro de mesa, un cubo de helar, botellas, etc., etc. Detrás de la mesa mostrador a la americana, con taburetes altos; detrás del mostrador estantería empotrada en la pared.

Entran de la calle Marietta y Napoleón. Ella como siempre, elegantísima, él visiblemente cambiado. Está más grueso, menos elegante, y tiene en suma el aspecto descuidado de marido y de glotón, que caracteriza en los actos anteriores a Luis Felipe. Viste smoking, abrigo y sombrero negro de noche, sin coquetería. Trae un paraguas mal doblado y al brazo el manguito de Marietta. Ella entra cantando, él detras, disimulando sus bostezos y su mal humor.

ESCENA PRIMERA

MARIETTA y NAPOLEÓN, por el foro izquierda

Marietta Napoleón, ¿no te has olvidado nada?

Napol. No, monina.

Marietta ¿Traes mi renard?

Napol. Sí, monina.

Marietta ¿Y el manguito también?

Napol. Sí, monina.

Marietta Pero, ¿cómo? ¿Y Puffi? ¿Dónde está Puffi? ¿Te has olvidado de Puffi?

Napol. (Muy asustado.) ¡Ay, Puffi! ¡Dios mío! ¡Puffi! ¡Hemos perdido a Puffi! ¡Ah! Ya me acuerdo. No se ha perdido. Puffi está aquí... dentro del manguito. (Saca del manguito un falderillo lo más pequeño que se encuentre, adornado con un lazo grande, y se lo tiende a Marietta.) ¡Tómale!

Marietta ¡Puffi! ¡Encanto! ¡Tesoro! ¿Verdad que tienes hambrina, mucha hambrina, tú?

Napol. (Aparte.) ¡A Puffi le pregunta si tiene hambrina! En cambio a mí, que soy su marido, no me pregunta si tengo o no tengo apetito. ¡Qué indina!

Marietta No bosteces tú, mi vida. ¡En seguida va a cenar mi Puffi!

Napol. ¡Puffi va a cenar y de paso cenaremos nosotros!

Marietta ¿No te recuerda este lugar nuestra primera cita de amor? Todo está lo mismo que entonces.

Napol. Menos la carta. Ya te lo dije en el teatro. Vámonos antes de que se termine. Pero como tú tenías un empeño decidido en que Puffi viese el tercer acto. Verdaderamente que sólo a un perro se le ocurre la tontería de perder la cena por un acto tercero.

Marietta ¡Siempre pensando en comer, Napoleón! Así te estás poniendo de gordo. Antes de nuestra boda tenías cintura, esbeltez, distinción, pero ahora...

Napol. (Con la carta.) Mira... mira... ¿Lo ves? No hay ni langosta, ni caviar, ni consomé. Lo único que queda es carne con cebolla.

Marietta ¿Y que por un hombre como tú me haya yo divorciado de Luis Felipe? ¡Ay, si yo no fuese una mujer que no engaña a su marido!

ESCENA II

MARIETTA, NAPOLEÓN, EL MAITRE y LUIS FELIPE que trae del brazo a ETEL y GRETTEL. Dos muchachas mundanas. Salen por el foro izquierda. Luis Felipe entra por el foro con una mujer colgada de cada brazo. El cambio es radical. Está más delgado. Viste de un modo elegantísimo, de moda exagerada, monocle, zapatos de baile, calcetines claros, etc., etc. Sus ademanes son desembarazados y decididos

Luis ¡Adelante, monadas! Esperadme un momento en el dancing. En seguida me reuno con vosotras.

Etel No, Felipito, que ya te conocemos. De seguro tienes aquí alguna cita.

Luis ¿Yo?

Grettel Que por algo te llaman Felipito el hermoso, eres el hombre a la moda.

Luis Bueno, bueno. Esperadme ahí dentro... Voy en seguida. (Al Maitre que entra.) Maitre, ¿me ha reservado mi mesa?

Maitre No faltaba más, señor; como todas las noches.

Luis Perfectamente. ¡Esto es vivir y no lo de antes!

Marietta (Muy sorprendida al reparar en él.) Pero... ¡Si no es posible! ¿Eres tú? ¿Digo, usted, Felipe el hermoso?

Luis (Sorprendido a su vez.) ¿Cómo? Tú... Digo, usted. Mi Marietta. ¡Digo su Marietta!

Napol. ¡Hola, Felipito!

Marietta ¿Sabes que estás elegantísimo? ¡Elegantísimo y guapísimo, Luis Felipe! ¡Napoleón, tenme esto, haz el favor! (Le entrega el perro.)

Napol. Sí, monina.

Marietta Oye, ¿y qué has hecho para ponerte tan esbeltísimo como estás?

Luis Hija mía, estos bailes modernos, que aunque uno no quiera adelgazan.

Marietta ¿Pero, cómo, tú bailas?

Luis He ganado tres premios.

Marietta ¡Tú! ¿Bailas, tú? Napoleón... Haz el favor de tenerme... No, si no tengo nada.

Napol. ¡Pobre Puffi! ¡Hay que ver cómo está de pulgas! (Se pone a buscar pulgas al perro, sentado a la mesa del primer término de la derecha.)

Luis En cambio, lo encuentro más grueso... (Por Napoleón.)

Napol. La buena vida. No hago más que quitarle coleópteros a Puffi.

Luis ¡Puffi! También yo le rascaba cuando estaba casado. ¡Es un perro monísimo! ¿Sigue con la costumbre de subirse a la cama y morderle a uno las pantorrillas?

Napol. Lo mismo. Ya le conoces. Es un encanto.

Marietta ¿Qué pasa? ¿Ha vuelto a toser Puffi?

Napol. ¡Sí, una carrasperilla!

Marietta ¡Pobrecito animal! Mira, Napoleón. Es necesario que te le lleves a casa y que le acuestes.

Napol. Sí, monina. En cuanto cenemos.

Marietta No, antes de cenar. Puffi ha tosido. Se debe haber enfriado.

Napol. ¡Pero es que mi estómago!...

Marietta Después cenaremos No te hace falta.

Napol. Pero si es que...

Marietta Quieres complacerme, ¿si o no?

Napol. Bueno, monina, bueno.

Marietta Luis Felipe me acompañará entre tanto.

Luis Si Napoleón permite, con mil amores.

Napol Ya lo creo. A ti te la puedo confiar. Además que Marietta... Ya lo sabes, es una mujer que no engaña a su marido. No hace más que desesperarle.

Marietta Puffi ha vuelto a toser.

Napol. ¿Ha tosido? ¡Vamos, Puffi! Vamos a casa. Arrastraremos los dos nuestra cadena. (Lo deja en el suelo y se lo lleva con una cadena muy larga que saca del bolsillo y que resulta cómica. Vase foro izquierda.)

Luis Si usted quiere en tanto, daremos una vuelta por el cabaret, y hasta podemos bailar un poco.

Marietta No salgo de mi asombro. Tú, digo usted, bailando.

Luis Todas estas mudanzas se deben al cambio de estado. Antes tenía una mujer encantadora y no pensaba en las demás. Ahora pienso en las demás porque no tengo mujercita encantadora. Y como hoy el único modo de seducir es bailar... (Mutis de Marietta y Luis Felipe por primer término derecha.)

ESCENA III

CORA, PIMPINEL y EMPRESARIO TREBISONDA. Salen por el último término de la izquierda

Emp. ¡La verdad es que no puedo quejarme! ¡Cien representaciones de «La Bayadera», amigo Pimpinel! ¡Ciento!

Cora ¡Y las ciento a teatro lleno!

Pimp. Creo que la cosa merece que se festeje con un banquete.

Emp. ¡Desde luego! ¿Pero vendrá Ivette?

Cora Sí. Cuando hemos terminado la representación, la pregunté si vendría y me dijo que sí.

Pimp. ¡Viene, señor Trebisonda, viene!

Emp. Es que como creo que a este cabaret acude el Príncipe todas las noches.

Pimp. Por eso quise yo que se celebrase aquí el banquete de la cien representación. Esta situación de Ivette y el Príncipe apasiona a todo París.

Emp. Pero, bueno. ¿Cómo están ellos? ¿Se hablan?

Cora ¡Cá, no señor, se odian!

Pimp. ¿Se odian?

Cora A mí me lo dice ella todas las noches.

Pimp. Ahora que yo creo que vencerá el amor.

Emp. Pero si se odian..

Pimp. Amigo mio... fíese usted de la experiencia de un jefe de la claque. En todas las obras del antiguo y moderno repertorio, triunfa siempre el amor...

Emp. ¡Y dale! Pero si se odian...

Cora Señor Empresario, usted no nos conoce a las mujeres del teatro. Cuando decimos: «¡Huy, qué antipático ese fulano!...» ¡Es que estamos locas por ese fulano!...

Emp. Entonces, ustedes creen que Ivette y el Príncipe...

Pimp. Se quieren, sí señor. Pero lo disimulan... El Príncipe va todas las noches al teatro, luego viene a este cabaret y pide que toquen «La Bayadera»... ¡No se cansa de oírla!

Cora Qué tontos son los dos. ¡Hay que ver el tiempo tan hermoso que están perdiendo!...

Pimp. ¡Aquí viene Ivette!

ESCENA IV

DICHOS e IVETTE, por último término izquierda

Ivette ¡Buenas noches!... ¿Creíais que no venía?

Pimp. ¡Encantadora Ivette!...

Cora No, yo sabía que sí.

Emp. Yo lo dudaba...

Ivette ¿Por qué?

Cora Es que como viene aquí el Príncipe todas las noches...

Ivette No me habléis del Príncipe. ¡No lo puedo

sufrir!... O ese hombre se va de París, o firmo yo un contrato para América.

Emp. Eso no... Usted no se va... ¡primero envenenо a ese hombre!

Cora Yo creo que no debes preocuparte... ¿Total, qué? ¿Que el Príncipe va todas las noches a verte desde su palco? Pues eso es lo que debemos desear los artistas... ¡Tener muchos admiradores y de palco... que son los más caros!...

Ivette Es que da a entender con su conducta algo que no es verdad. Porque él se harta de decir que me desprecia. ¿No es verdad, Pimpinel?

Pimp. Hombre, tanto como eso... A mí, lo que me parece, es que no le importas nada...

Emp. ¡Nada!

Cora ¡Ni esto!

Ivette ¿Entonces, por qué va al teatro a verme? Cada vez que salgo a la escena, tengo la preocupación de que está allí... Hago propósito de no mirar, y sin querer tengo que verle...

Cora Oye, oye. ¿No será que estés enamorada del Príncipe?

Ivette Te juro que le odio.

Pimp. ¡Pues no te preocupes, mujer! ¡Además, uno de estos días... quizá hoy, o mañana, se marche a la India para siempre!...

Ivette ¿De veras? ¡Oh, qué felicidad!

Emp. Bueno. Vamos a ver si están preparadas las mesas... ¿Me permite usted? (Ofreciéndola el brazo. Ella acepta. y salen por la primera derecha.)

Ivette Con mucho gusto.

Emp. Va usted a ser la reina de la fiesta... ¡La cien representación de «La Bayadera!» ¡Qué éxito! (Vanse.)

Cora ¡Le odia! ¡Claro está que le odia! No hay más que verla... Un odio a muerte... Un odio para comérsele... a besos... ¡Ja, ja, ja!

Pimp. Tienes razón, Cora... Y a él le sucede lo mismo... (Viendo al Príncipe que entra por el foro izquierda.) ¡Mírale!

ESCENA V

CORA, PIMPINEL y el PRÍNCIPE. Entra distraído. Se aproxima a la mesa del primer término de la derecha y se sienta ante ella. El camarero le sirve una copa de champagne, y se retira

Cora ¡La verdad, que si Ivette se viese ahora!...

Pimp. Se me está ocurriendo una idea...

Cora ¿Una idea?

Pimp. Sí. Ven, ven... Verás... Yo los arreglo a éstos. (Habla un momento con Cora, que desaparece por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA VI

El PRÍNCIPE y PIMPINEL

Prínc. (Leyendo un telegrama.) «Si vuestra Alteza no llega a Burdeos mañana antes de anochecer, zarpará el vapor sin vuestra Alteza; en tal caso, habrá perdido el derecho al trono. Siempre servidor de vuestra Alteza, el coronel Parker.»

Pimp. (Acercándose.) Y así todas las noches hasta las cinco de la mañana. El caso es que bebe y bebe, y no se emborracha nunca. ¡Veremos qué humor trae esta noche.!.. (Alto al Príncipe.) ¡Buenas noches, Alteza!

Prínc. (Reparando en Pimpinel.) ¡Ah! ¿Es usted, señor jefe del cuerpo de alabarderos?... Siéntese...

Pimp. Gracias. (Se sienta.)

Prínc. (Al criado.) ¡Sirva usted al señor!... (El criado sirve a Pimpinel.)

Pimp. ¡No se burle usted de los jefes de alabarderos!... Si en alguna ocasión desea usted que el pueblo le aclame entusiasmado... lléveme de jefe de la claque... Los reyes y los príncipes deberían tener su claque...

Prínc. Tendría gracia...

Pimp. Yo hago milagros... ¿Usted cree que son los artistas los que se hacen aplaudir? ¡Ca! Soy

yo quien hace aplaudir al público. ¡Las obras que yo he salvado! ¡Los artistas que he consagrado!... ¡Ahí tiene usted a Ivette Darimond, sin ir más lejos!... (¡Ya la solté!)

Princ. (Inmutándose un poco al oír nombrarla.) ¡Ah, Ivette!... Creo que viene esta noche al banquete. . ¿Lo sabe usted?

Pimp. Yo lo sé todo. Cuando se está todo el año en un teatro, se da uno cuenta de todos los conflictos, de todas las historias... Sí, señor; y esta noche, aquí mismo, va usted a ver representado el final de «La Bayadera», sólo que de verdad, no como allí, que es de mentirijillas.

Princ. ¿Qué quiere usted decir?

Pimp. ¿Qué es lo que sucede en «La Bayadera?» Primer acto: el Príncipe la quiere; La Bayadera no le quiere. Segundo acto: El Príncipe parece que la quiere. La Bayadera parece que le quiere... Tercer acto: Los dos se quieren. Beso cinematográfico y telón.

Princ. Usted es muy bromista, y yo soy excesivamente serio... Pero, en fin; si usted me proporciona esta noche ese espectáculo, yo le regalaré a usted cincuenta mil francos...

Pimp. ¿Cincuenta mil francos?

Princ. ¡Cincuenta mil francos! Sí, señor... Piénselo usted... (Vase primera izquierda.)

Pimp. ¡Cincuenta mil francos! ¡El beso cinematográfico va a ser de largo metraje!... (Se acerca a la primera izquierda, y hace señas.)

ESCENA VII

PIMPINEL, CORA y NAPOLEÓN

Napol. (Por el último término de la izquierda.) ¡Ea! Ya hemos dejado a Puffi en la camita .. Ha tosido bastante, y no quería dormirse, pero le he cantado «La Madelón,» y en seguida se durmió...

Cora (Aparece por la primera derecha.) ¿Qué? ¿Qué? ¿Has hablado con él? ¿La odia él también?

Pimp. ¿Cómo que si la odia? ¡Con un odio terrible!

Cora ¡Qué lástima! (Viendo a Napoleón.) ¿Pero eres tú, Napoleoncito?

Pimp. ¡Ah! ¿Está aquí el marqués?

Napol. Yo soy, Cora. Yo mismo. Algo cambiadillo por el matrimonio.

Cora ¿Es verdad que te casastes? ¿Cómo fué eso?

Napol. No lo sé. Sucede en tan poco tiempo una desgracia. Antes yo era... el otro. ¿Comprendes? Dejé de ser el «otro» para ser el suyo... y ahora, quien le gusta es el «otro». ¡Por ahí debe de estar con el «otro».

Pimp. Eso tiene remedio. Vuelva usted a ser el otro.

Napol. Imposible. Yo tengo una mujer que no engaña a su marido.

Pimp. ¡Bah! Con las apariencias basta. Hay infinidad de obras en el repertorio que nos lo demuestran.

Cora Es verdad. ¿No has visto el «Baño de María»? Un marido sospecha de su mujer, se introduce en el cuarto de baño a la hora de la ducha. Entra el criado, y el marido que está disfrazado de mujer, arma el escándalo.

Napol. ¿Y qué hace?

Pimp. La dice: Señora, esas son las habitaciones de usted y éstas las mías. Y se retira. Es muy cómico.

Cora ¡Ah! ¿No dices que tu mujer está por ahí?

Napol. Sí. Con el «otro».

Cora Pues ya lo tengo. El Barman. Tom, haga usted el favor. (Llama al Barman que está detrás del mostrador del Bar.)

Napol. ¿Le vas a encargar alguna bebida?

Barman (Con acento inglés.) ¿Qué desea may ledi?

Cora (A Napoleón.) Dale cien francos.

Napol. ¿Cien francos? Cara va a ser la mezcla. ¡Tome usted! (Se los da.)

Cora Ahora, desnúdese usted.

Barman (Muy serio y sin vacilar.) ¡En seguida! (Se quita la chaqueta blanca.)

Cora (A Napoleón.) Venga el smoking.

Napol. ¿El smoking? Pero...

Cora (A Napoleón.) Ponte la chaqueta. (Hacen el cambio.)

Napol. ¡Ah! ¡Comprendo! Me disfrazo, finjo, escucho, sorprendo, atenazo, endiño...

Pimp. ¡Justamente!

Cora Ahora váyase usted.

Barman ¿Dónde?

Cora A dar un paseo.

Pimp. Váyase usted a dar quince o veinte vueltas alrededor de la tumba del soldado desconocido.

Napol. Eso es. A ver si averigua usted quién es.

Barman ¡Sen quiu! (Vase muy estirado por el foro izquierda.)

Napol. ¿Pero y la cara? Me van a conocer.

Pimp. ¡Ah! Eso lo arreglo yo ahora. Con un poco de colorete y una peluca va a estar usted más desconocido...

Napol. Más desconocido... que el soldado desconocido.

Cora ¿Pero vendrá tu mujer? ¿Dónde está Marietta?

Napol. Ya os lo he dicho. Con... el «otro».

Cora ¡Ah! con el...

Pimp. ¡Con el «otro»!

Napol. ¡Claro! Está bailando como una descosida. Se perece por el baile. ¡Ah! ¡Los enemigos de los maridos son los bailes... de moda!

Cora Baila tú con ella.

Napol. Ya lo he intentado, pero, hija mía, yo que domino todos los bailes, desde el cake-walk al schotis de medio ladrillo, con el shimmy no he podido. El shimmy no me sale. Y Marietta se muere por el shimmy.

Cora ¡Ah! ¡El shimmy!

Pimp. ¡Shimmy!

Música

Cora

El que quiera
parecer distinguido,
necesita ahora
aprender de corrido

más que el fox
y el guan-es-tep de Nueva York
este shimmy
que resulta encantador.

Pimp. El que quiera resultar elegante
y rendir y enamorar
al instante,
aunque tenga feo el pie
como lo mueve sin cesar
nadie nota sus defectos
al bailar.

Los tres Shimmy, shimmy,
que ahora está de moda.
Shimmy, shimmy,
igual que whisky and soda,
porque el shimmy
acaba en boda
o algo similar.
Shimmy, shimmy
que del coqueteo
es la llave
para el timoteo.
Shimmy, shimmy,
¡ya lo creo!
¡Qué placer bailar!
Shimmy, shimmy,
que si mi figura.
Shimmy, shimmy,
que nos da soltura
pues se mueve la cintura
para shimmear.
Shimmy, shimmy,
que por lo sencillo
es el baile de dar
cera y brillo
con el shimmy, shimmy
maravillo
cuando empiezo así a temblar.

Napol. El que sueñe
con tener un flirteo
aunque sea un foxterrier
por lo feo,
en sabiendo el shimmy bien
conseguirá

volver loca a la mujer
en sociedad.

Cora Quien no encuentra la ocasión amorosa
y persiga la ilusión de una esposa,
que se busque un profesor
y en cuanto sepa shimmear
de seguro
se le tienen que rifar.

Los tres Shimmy, shimmy,
que ahora está de moda.
Shimmy, shimmy,
igual que whisky and soda,
porque el shimmy
acaba en boda
o algo similar.
Shimmy, shimmy,
que del coqueteo
es la llave
para el timoteo.
Shimmy, shimmy,
¡ya lo creo!
¡Qué placer bailar!
Shimmy, shimmy,
que si mi figura.
Shimmy, shimmy,
que nos da soltura
pues se mueve la cintura
para shimmear.
Shimmy, shimmy,
que por lo sencillo
es el baile de dar
cera y brillo
con el shimmy, shimmy
maravillo
cuando empiezo así a temblar.

(Al terminar el número, salen por el foro derecha Pimpinel y Cora. Napoleón por el foro izquierda, volviendo a poco disfrazado con una peluca y bigote. Queda detrás del mostrador.)

ESCENA VIII

MARIETTA, LUIS FELIPE, salen por la primera derecha y se sientan ante el mostrador, muy acaramelados. Luego NAPOLEÓN

Hablado

Luis Venga usted, venga usted. Aquí estaremos solos y podremos hablar.

Marietta No puede usted darse idea de la alegría que he sentido al verle.

Luis ¿De veras?

Marietta Lo juro. Siempre da gusto encontrarse con el hombre que ha sido nuestro marido.

Luis ¿Pero este Barman dónde se mete? Barman. (Llamándole. Sale Napoleón.)

Napol. (Fingiendo la voz.) ¡Va en seguida! ¿Qué desean los señores?

Luis La voy a invitar a usted a aquella bebida que tomábamos, ¿se acuerda?

Marietta Ya lo creo. Se llamaba «un beso de amor».

Napol. (Aparte.) ¡Ah!

Marietta (Volviéndose.) ¿Qué?

Luis ¡Nada! Si no es nadie. (Al Barman.) Sirva usted «dos besos de amor».

Marietta Pero que esté bien hecha la mezcla.

Napol. (Aparte.) ¡Ah, perjura! (Se pone a mezclar la bebida.)

Luis ¡Verdaderamente está usted más bonita que nunca!

Marietta Y usted tiene una distinción...

Luis ¡Ay, Marietta! (Suspirando.)

Marietta (Suspirando también.) ¡Ay, Luis Felipe!

Napol. (Meneando lo cokteletera.) (¡Ay, mi madre!)

Luis ¿Por qué suspira usted?

Marietta ¡Qué se yo! Una cosa muy rara. Al verle a usted... ¡Me parece que me he quedado viuda!

Napol. (Aparte.) ¡Me ha *matao!* (Levantando el cacharro.)

Luis ¿Está ya?

Napol. «¡Dos besos de amor!» (Pone dos copas con sus correspondientes pajas. En seguida sirve la bebida.)

Marietta ¡Recuerdo que esta bebida era deliciosa! (Cogen cada uno su copa y se disponen a beber. Detrás y en postura cómica, Napoleón.)

Luis ¡Riquísima!

Napol. (Aparte.) Ahora lo veréis. (Sorben a un tiempo los dos con las pajas y escupen horrorizados.)

Los dos ¿Qué es ésto?

Luis ¡Qué horror!

Marietta ¿Pero qué porquería es ésta? ¿Qué ha puesto usted aquí?

Napol. Mi hacer mezcla como siempre. Sal, pimienta, mostaza, alcohol de quemar, azafrán y clavo. El último invento de Chicago.

Luis Estos americanos van a beber un día fuego derretido.

Marietta Bueno. Hablemos.

Luis Sí. ¡Tiene usted razón! ¡Recordemos aquellos tiempos!

Marietta ¡Ay! ¿Se acuerda usted de nuestro viaje de novios?

Napol. (Aparte.) ¡Miren ustedes de qué se acuerda ahora!

Luis ¡Nuestro viaje a Niza! Cuando nos quedamos solos en el vagón.

Marietta ¡Oh, calle usted, que me ruborizo!

Napol. (¡Qué ganas se me están pasando de tirarle el Brandy a la cabeza!)

Luis Yo, lo confieso, desde que la perdí a usted... noto un vacío en mi corazón...

Marietta ¡Ay! ¡Para vacío el mío!

Napol. (¿Pero qué dice esta mujer?)

Luis ¡Marietta!

Marietta ¡Luis Felipe!

Luis Dime, ¿no podríamos recordar a solas aquellos días?

Marietta ¿Pero no has notado que yo quería quedarme sola contigo?

Luis (Besándola las manos.) ¡Monina mía!

Napol. (¿Y era ésta la que no engañaba a su marido?)

Marietta Por eso dije a Napoleón que se fuera. Lo del perro fué un pretexto.

Napol. (Armando un estrépito terrible. Se quita la peluca dándose a conocer.) ¡Ah! ¡Canallas! ¡Os cogí!

Ellos ¡¡Napoleón!!

Napol. ¡Sí, yo! ¡Yo que os he sorprendido! ¡Miserables!

Marietta (Asustada.) ¡No me tires nada, Napoleón!

Luis ¡Sobre todo, nada de escándalo! ¡Eh! ¡Nada de escándalo!

Napol. ¡Tienes razón! ¡Ni una palabra más! ¡Ahí tienes a tu mujer! (La empuja arrojándola en los brazos de Luis Felipe.)

Marietta ¿Pero será posible?

Napol. ¡Toma! ¡El collar del perro! ¡Ah, y la cuenta del joyero! No está pagada. ¡Eso ya es cosa tuya! ¡Venga el monóculo! (Se le quita.)

Luis Así me gusta. Estas cosas se deben hacer sin ruido.

Marietta ¡Y renuncia a mí! ¡Oh, qué generoso! ¡Qué noble eres! Napoleón, ven que te de un beso. (A Luis Felipe.) Tenme eso. (Le da el abanico.)

Luis (El mismo juego de antes.) ¡Sí, monina!

Marietta ¡Un beso, Napoleón!

Napol. ¡Señora, puede usted ir a besar un guardia!

Marietta ¿Cómo? ¿Te niegas? ¡Ahora verás!

Napol. ¡No! ¡A la fuerza no! ¿Permites? (A Luis Felipe.)

Luis ¿Por qué no? (Se besan Marietta y Napoleón.)

Música

Marietta

Rico, monín,
has de comprarme un renard,
un landolet
nuevo modelo
Packard.
Una fourrur de cibelina
o visón
para probar tu pasión.
Ya tú ves, ya tú ves,
que en mí no habla
el interés.
Y después, que mi deseo
es ahorrar
para el hotel
que me pensabas comprar.

Luis Oye, mi amor:
¿No tienes que pedir más,
preciosa?
Marietta Puedes comprarme.
Napol. Puedes comprarla
un collar.
(Al terminar, mutis los tres por el foro izquierda.)

ESCENA IX

IVETTE y CORA, luego PIMPINEL

Hablado

Cora (Con Ivette, por primer término de la derecha.) ¡Ven, ven! ¡Aquí en el invernadero se está mejor!
Ivette ¡Es verdad! ¡Hace un calor en la sala!
Cora ¡Hija, qué gusto! ¡Cómo te admiran! ¡Cómo te aplauden! Y todo eso es desde que estrenastes «La Bayadera». ¡Qué ganas tengo de que me toque un papel así!
Ivette Ten paciencia, mujer. ¡Todo llega!
Cora Te advierto que yo ya se lo he dicho a varios autores. ¡Vamos! ¡Anímense! ¡Háganme ustedes algo! Y además que yo no soy de las que hacen remilgos. Si hay que salir ligera, yo soy capaz de salir como mi mamá me echó al mundo.
Pimp. (Saliendo por la derecha.) ¡Ah, Ivette! ¡Gran noticia!
Ivette ¿Qué es ello?
Pimp. El Príncipe, ¿sabes?
Ivette No me hables de él. ¡Ya te he dicho que le odio! Tengo unos deseos de perderle de vista...
Pimp. Pues precisamente por eso. ¡Alégrate, mujer! ¡Ya no le verás más!
Ivette (Cambio brusco en ella. En su rostro, en su actitud, en sus palabras, cuando por fin comienza a hablar.) ¿Qué dices?
Pimp. Que ha decidido partir. Pero antes de marcharse me ha dado esta carta para ti...
Ivette ¿Para mí? (Toma la carta nerviosamente.)

Pimp. Sí. Me dijo que te la entregase mañana. Pero para qué voy a esperar a mañana.

(Ivette lee ansiosa la carta.)

Cora ¿De veras?

Pimp. En esa carta me juego yo cincuenta mil francos. ¡La he escrito yo! Es el recurso de todas las comedias. Cuando un autor no sabe cómo desenlazar su obra, hace que saquen una carta.

(Ivette se ha dejado caer en una silla en primer término de la derecha, como anonadada.)

Cora Pero, ¿qué te ocurre? (Acercándose.) ¡Ivette!

Ivette ¡Se fué! ¡Se fué para siempre! ¡Le he perdido!

Cora ¡Ah! Pero ahora resulta...

Ivette Sí, Cora. ¡A qué mentir! ¡Le quiero! ¡Le quiero!

Pimp. ¡Pues a buena hora, mangas verdes!

Cora ¡Pero no te comprendo!

Ivette ¡Qué quieres! ¡Yo soy así! ¡Quería dominarle! ¡Y ahora que le pierdo veo cuánto le quiero!

Cora Pues yo estoy segura de que a él le sucede lo mismo. ¡Quién sabe todavía!

Pimp. No. ¡Es inútil! ¡Va a la India a casarse!

Ivette ¡A casarse!

Pimp. Con seis mujeres nada menos.

Cora ¡Qué atrocidad! ¡Qué ansioso!

Ivette ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué desventurada soy! ¡Ya no puede haber felicidad para mí!

Pimp. ¡Eh! ¡Alto ahí! ¡Eso sí que no! ¡Tú serás feliz!

Ivette ¡Nunca! (Llorando.)

Pimp. Sí. Yo he prometido hacer aquí esta noche, el final de «La Bayadera» con ligeras alteraciones en el reparto. Y ha llegado el momento de cumplir mi palabra. Los intérpretes serán: La señorita Ivette Darimond y el Príncipe Dakar de Lahore.

Ivette (Levantándose nerviosa entre miedosa y alegre, asombrada.) No es posible.

Pimp. (Acercándose a la primera derecha.) Final del acto tercero. ¡Príncipe, a escena! (Sale el Príncipe y Pimpinel le echa en brazos de Ivette.)

Ivette (Corriendo a él y abrazándole.) ¡¡Tú!!

Princ. ¡¡Ivette!! (La besa abrazándola.)

Pimp. (A Cora.) ¿No lo dije? ¡Beso cinematográfico! Largo metraje... (Avanza al público.) Respetable público! ¡He aquí el final de «La Bayadera»! (Mirando a las alturas, como dirigiéndose a la claque.) Llegó la hora de aplaudir. ¡Animo, muchachos! ¡A una, dos y tres! (Comienza aplaudiendo él, y si el público responde, sigue con gran animación «jaleando» el aplauso mientras los otros cantan, quedando fuera del telón dando voces de ánimo a la claque.)

Música

Todos { ¡Oh, Bayadera!
¡Ven! ¡Ven! ¡Ven!

FIN DE LA OPERETA

Obras de José Juan Cadenas

Inés de Castro o Reinar después de morir, refundición lírica de la obra de Luis Vélez de Guevara, música de los maestros Calleja y Lleó. *

El trágala, zarzuela en un acto y tres cuadros, prosa y verso, original. *

La Walkyria, versión rítmica castellana, en tres actos; de la ópera de Wagner. *

Las violetas, boceto de comedia en un acto y en prosa.

La Dolorosa, juguete cómico en un acto y en prosa. *

El famoso Colirón, zarzuela en un acto y tres cuadros, en prosa y verso. *

El primer pleito, comedia en tres actos y en prosa. *

Género chico, humorada en un acto, dividido en cinco cuadros y dos intermedios, en prosa y verso. *

El Delirio Dominical, humorada cómico-lírica en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa y verso. *

La tragedia de Pierrot, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en verso. *

El Conde de Luxemburgo, opereta en tres actos.

La niña de las muñecas, opereta en tres actos.

¡¡Al fin, solos...!!, juguete cómico-lírico en un acto, original y en prosa. *

La mujer divorciada, opereta en tres actos.

Soldaditos de plomo, opereta en tres actos.

Princesitas del dollar, opereta en tres actos.

Los molinos cantan..., opereta en tres actos. *

Los húsares del Kaiser, opereta en tres actos.

Mis tres mujeres, opereta en tres actos. *

---

* En colaboración.

Petit café, comedia en tres actos, de Tristan Brenard.

Los inmortales, comedia en cuatro actos, de Flers y Caillavet.

La toma de la Bastilla, comedia en cuatro actos.

La alegría del amor, fantasía lírica en un acto, música de H. Bereny. *

Las píldoras de Hércules, opereta en tres actos. *

¡A ver si cuidas de Amelia!, opereta en tres actos. *

El príncipe Carnaval, fantasía lírica en un acto, música del maestro Valverde. *

El señor Juez, vodevil en cuatro actos. *

Mi tía Ramona, comedia bufa en tres actos.

Mi amiga, humorada en tres actos. *

La loca aventura, comedia en tres actos. *

El capricho de las damas, vodevil en tres actos, música del maestro Foglietti.

La invitación al vals, opereta en tres actos, música del maestro Straus. *

La mujer ideal, opereta en tres actos. *

Los trovadores, comedia lírica en tres actos, música de los maestros Calleja y Foglietti. *

El abanico de la Pompadour, vodevil en tres actos. *

La reina del cine, opereta en tres actos. *

La bella Riseta, opereta en tres actos, divididos en un prólogo y cuatro cuadros, música de Leo Fall. *

El amor en automóvil, vodevil en tres actos. *

El último Mosquetero, vodevil en tres actos. *

La dama blanca, opereta en tres actos. *

La princesa loca, opereta en tres actos. *

La araña azul, vodevil en tres actos.

Los alegres maridos de Maxim's, vodevil en tres actos, música del maestro Calleja *

La toma de la Bastilla, juguete en cuatro actos

La duquesa del Tabarín, opereta en tres actos. *

---

* En colaboración.

El millón. *

La danzarina de Cracovia, opereta en tres actos. *

El pren de una Vergen. *

La Corte de los Gorrones. *

Fantina, comedia en tres actos. *

Un contrato leonino, comedia en tres actos. *

El príncipe Carnaval, revista en tres actos.

El príncipe se casa, revista en tres actos.

Los claveles rojos, opereta en tres actos. *

El As, vodevil con música, en tres actos. *

La noche roja.

Las amorosas, comedia lírica en tres actos. *

El ministro Giroflán, vodevil con música, en tres actos. *

Roma se divierte, opereta bufa en tres actos. *

Dedé, juguete cómico-lírico en tres actos. *

La Bayadera, opereta en tres actos. *

---

* En colaboración.

Obras de Emilio G. del Castillo

Lazo de unión, comedia en un acto. (Premiada en el concurso de *El Teatro.*)

El intruso, comedia en cuatro actos, basada en la novela de Blasco Ibáñez.

Fenisa la Comedianta, zarzuela en un acto y dos cuadros, música de Rafael Calleja.

Las bandoleras, zarzuela cómica en un acto y cuatro cuadros, música de Tomás L. Torregrosa.

Holmes y Raffles, fantasía melodramática, con música de Pedro Badía.

La garra de Holmes, segunda parte de la anterior, música de Pedro Badía.

Cómo se ama, boceto de comedia en dos actos, original y en prosa.

¡Pícaro teléfono!, juguete cómico en un acto y en prosa.

El príncipe Sin-Miedo, cuento de niños en dos actos, en verso, música de Vicente Lleó.

Sol y alegría, zarzuela en un acto y cuatro cuadros, música de Tomás L. Torregrosa.

Los segadores, zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, música de Manuel Quislant.

El bello Narciso, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, música de Ramón López-Montenegro.

La Hermana Piedad, comedia lírica en un acto y tres cuadros, en prosa, música de Quislant y Badía.

¡Eche usted señoras!, fantasía cómico-lírico-bailable en un acto, dividido en tres cuadros, música de Quislant y Badía.

Juan Sin Nombre, episodio lírico-dramático en un acto, dividido en un prólogo y cinco cuadros, música de Enrique Reñé.

Benítez, cobrador, humorada lírica en un acto, dividido en cinco cuadros, música de Quislant y Badía.

El amigo Nicolás, aventuras cómico-líricas en trece cuadros, en prosa, música de Quislant y Badía.

El dirigible, fantasía cómico-lírica en dos actos, divididos en seis cuadros, prosa y verso, música de Luna y Escobar.

Sangre y arena, zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros, basada en la novela de Blasco Ibáñez, música de Luna y Marquina.

El padre Augusto, comedia lírica en un acto, dividido en dos cuadros, en verso y prosa, música de los maestros Quislant y Badía.

A fuerza de puños, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso, música del maestro Arturo Saco del Valle.

Los espadachines, novela escénica en nueve cuadros.

La maja de los claveles, sainete de costumbres madrileñas de principios del siglo XIX, en un acto, dividido en dos cuadros, en verso, música del maestro Vicente Lleó.

La reina del Albaicín, zarzuela cómica en dos actos, divididos en seis cuadros, música del maestro Rafael Calleja.

El reino de los frescos, revista fantástica, en cuatro cuadros y un apoteosis, en prosa y verso, original, música de los maestros Cayo Vela y Enrique Brú.

Princesita de ensueño, leyenda fantástica en un acto, música de M Amenábar.

La gloria del vencido, zarzuela en un acto y cuatro cuadros, música de Pablo Luna y M. Amenábar.

Eva, la niña de la fábrica, refundición en un acto de la opereta en tres actos de Franz Léhar.

¡Al fin, solos!, opereta en tres actos, de Franz Léhar.

Sybill, opereta en tres actos de Víctor Jacobi, adaptación de Pablo Luna.

Poliche, traducción de la comedia en cuatro actos de Henry Bataille.

La pobrecita Dolores, humorada en un acto, dividido en tres cuadros, música del maestro Pedro Badía.

Miss Cañamón, opereta en tres actos de Max Neal y Max Ferner, música de M. C. Ziehrer, adaptada al castellano en colaboración de Pedro Badía.

La señorita del cinematógrafo, opereta en tres actos, de A. M. Willner y R. Buchbinder, música de Karl Weinberger, adaptada al castellano en colaboración con Pablo Luna.

Jack, opereta en tres actos, original de Max Brody y Franz Martos, música de Víctor Jacobi. Adaptación al castellano en colaboración con Pablo Luna.

El millón de pesos, viaje inverosímil en dos actos, divididos en ocho cuadros, original, música de los maestros Quislant y Badía.

Ministerio de estrellas, revista fantástica en un acto, dividido en un prólogo, tres cuadros y un intermedio, música de los maestros Quislant y Badía.

Las morenas y las rubias, pasatiempo en un acto, dividido en dos cuadros, música de Quislant y Badía.

A pie y sin dinero, viaje fantástico en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de los maestros Quislant y Badía.

El Torbellino, vodevil en tres actos, escrito sobre el pensamiento de una obra alemana, música de los maestros Quislant y Badía.

El Torbellino, arreglo del mismo, *sin música*, para las Compañías de verso.

Las hijas de España, humorada en un acto, dividido en tres cuadros, música de las maestros Quislant y Badía.

El hombre de la montaña, juguete cómico en tres actos, escrito sobre el pensamiento de una obra extranjera.

Su Alteza baila vals, opereta vienesa, en tres actos, música de Leo Ascher.

La danzarina de Cracovia, opereta en tres actos, arreglada a la escena española, música de Oscar Nedbal.

Los Calabreses, opereta en dos actos, música del maestro Pablo Luna.

Los encantos de la familia, vodevil en tres actos, con cuplés de Hennequin.

Los sembradores de frío, drama de espectáculo en cuatro actos.

La sonata de la muerte, comedia policíaca en cuatro actos.

El diablo está en el convento, melodrama en cuatro actos.

El milagro del Profesor Wolfrán, comedia dramática en cuatro actos.

El crimen de la Puerta del Sol, melodrama en cuatro actos.

El duende del teatro de la Opera, drama policíaco en cuatro actos.

Los misterios de París, melodrama en cuatro actos, sobre la novela de Eugenio Sué.

El enigma dal anillo de rubíes, comedia dramática en cuatro actos.

El toro negro, drama popular andaluz en cuatro actos.

¡Es mucho Madrid!, revista cómica-lírica-bailable en un acto. música de Juan Antonio Martínez.

El ministro Giroflán, opereta en tres actos, adaptación de «La Presidenta», con música de Amadeo Vives.

Roma se divierte, opereta en tres actos, con música de Jean Gilbert.

Barcelona se divierte, disparate cómico-lírico-bailable en dos actos, siete cuadros, un suelto y tres radiofototelegramas.

La salvación de España, arreglo del anterior en un acto para su estreno en Madrid.

Teodoro y Compañía, vodevil en tres actos, de Gavault, con música de Jacinto Guerrero.

Las lunas de miel, fantasía en un acto, con música de Modesto Romero.

Dedé, juguete cómico lírico en tres actos, música del maestro Christiné.

La Bayadera, opereta en tres actos, música del compositor Kalmann.

NOTA. La mayoría de estas obras en colaboración.

PRECIO

3,50

PESETAS

Sucesor de R. Velasco.—Teléf. 5-51 M
Marqués de Santa Ana, 11 duplicad